

528
DORNALECHE Y REYES, EDITORES.

PERFILES BIOGRÁFICOS

TRAZADOS PARA LA NIÑEZ,

POR

ORESTES ARAÚJO,

Profesor de Historia y Geografía en la Escuela Normal de varones;

CON UN PREÁMBULO

DE

DON JOSÉ H. FIGUEIRA,

Inspector técnico de enseñanza primaria.

Los muertos gobiernan á los vivos.



52.857
BIBLIOTECA

NACIONAL

DONACION DE MAN LAFINUR

MONTEVIDEO.

Imprenta Artística y Librería, de Dornaleche y Reyes,

Calle 18 de Julio, 89 y 89A.

1892.

81.513



ES PROPIEDAD.

El autor y editores se reservan cuantos derechos les corresponden con arreglo á la ley.

Se considerará como falsificado todo ejemplar que no lleve la firma y rúbrica del autor y editores.

Crestes Araujo

Domalech y Reyes





Una de las tareas más difíciles que pueden imponerse hoy día al pedagogo, es, ciertamente, la de escribir libros para la juventud. ¡Son tantas y tan complejas sus necesidades! Ante todo, es necesario proceder á una juiciosa elección de los hechos, de manera que respondan á las exigencias individuales del momento, y que preparen las generalizaciones futuras que se juzguen indispensables para la vida moderna; después, es menester que esos hechos se presenten en la forma más *educativa* que fuere posible, y, finalmente, hay que cuidar de que su acción se unifique con las acciones producidas por los demás objetos de estudio, de suerte que todos se presten mutuo apoyo y concurso en la obra del perfeccionamiento humano. Y todo esto debe lograrse sin desnaturalizar en lo más mínimo la verdad; condición fundamental de toda enseñanza. De aquí el que los mejores libros para las Escuelas, particularmente los de ciencia elemental, hayan sido compuestos por las eminencias de nuestros tiempos, como lo atestiguan los *Science primers* editados en Inglaterra por los profesores Huxley,

Roscoe, Balfour Stewart, etc., y los trabajos de igual género hechos en Francia por Pablo Bert principalmente, y en otros países por personas igualmente autorizadas.

Pero las dificultades que he notado, suben de punto cuando el libro de que se trata es de Historia; y esto, á causa del concepto que de dicho estudio se ha formado la ciencia moderna, que ya no busca en el desenvolvimiento de las sociedades tan sólo la enumeración de hechos y batallas y la descripción de las intrigas de corte, ó los detalles de la vida de los hombres más notables, sino que, considerando la sociedad como un organismo producido por la forma más elevada de la evolución, examina su estructura y sus funciones, y trata de establecer las relaciones de causa á efecto en las múltiples y complejas manifestaciones de la vida social, ya sea en el tiempo, ya en el espacio.

La Historia, así concebida, apenas se halla bosquejada, y forma, como es sabido, la sociología.

Estas ideas hicieron que emprendiera con cierta desconfianza la lectura de los *Perfiles biográficos* del señor don Orestes Araújo, á pesar de los méritos que este señor posee como educacionista; pero mis temores se desvanecieron bien pronto, y debo confesar que conservo la mejor impresión de dicho libro.

La sencillez y corrección con que se expone la vida de los hombres más ilustres de nuestra

patria, la juiciosa elección de los hechos que justifican nuestros sentimientos de admiración y respeto hacia dichos conciudadanos, todo hace que la obra del señor Araújo contribuya á mejorar la enseñanza de nuestra Historia nacional.

Los *Perfiles biográficos* vienen, pues, á prestar un verdadero servicio á nuestras Escuelas primarias en uno de los puntos en que se resentían por falta de buenos textos, y dicha obra se impondrá por sus propios méritos, como asimismo se han impuesto otros trabajos didácticos del modesto autor que desde hace años viene consagrando sus inteligentes esfuerzos á la sagrada causa de la educación del pueblo.

JOSÉ H. FIGUEIRA.

Montevideo, Octubre de 1891.



ADVERTENCIA.

Deseosos de contribuir á la cultura general de las huestes infantiles, desarrollar el gusto hacia el estudio de la Historia patria, y moralizar instruyendo, hemos trazado estos *Perfiles biográficos*, que hacemos más sensibles ilustrándolos con los retratos de las notabilidades uruguayas cuyas vidas relatamos en la presente obrita.

No escapará á la clara penetración de los señores maestros, el valor didáctico de las biografías, mediante cuya lectura tanto bueno puede hacerse para encaminar la voluntad del niño que ve en las hazañas de los héroes de su patria ejemplos que imitar, fuentes cristalinas en que saciar su sed infantil y libro abierto á las expansiones del espíritu: consideradas bajo esta faz pedagógica, conceptuamos que algo nuevo y provechoso obtendrá el educador de la infancia con las presentes biografías.

Pretendemos haberlas caracterizado con sobriedad, despojándolas en cuanto ha sido posible de los hechos secundarios, datos, nombres y fechas que, en nuestro concepto, sólo sirven para confundir y fatigar al alumno, desviándolo del

propósito fundamental de este género de trabajos.

Temerosos de que huyendo de lo superabundante pudiésemos incurrir en el defecto de aridez y sequedad, no hemos vacilado en intercalar en estos *Perfiles*, á fin de hacerlos animados y pintorescos, todas aquellas frases características, conceptos, descripciones y relatos de los autores que hemos consultado. Si llegan á cautivar y entretener, hiriendo la imaginación y el sentimiento, atribúyase su éxito al mérito de las fuentes en que hemos bebido y no á nuestra limitada capacidad.

Tienen también su explicación estos *Perfiles biográficos*, si los consideramos como medios de instrucción cívica, debiendo en este caso el Profesor ampliar con sus conocimientos la vida de los personajes, los motivos que movieron sus acciones y los caracteres de las épocas en que figuraron, á fin de que, hábilmente encaminado el criterio del niño, distinga cuándo dichas acciones deben sus orígenes á la conducta de los gobiernos, y cuándo son el producto del desenfreno de las pasiones.

Siendo la Historia excelente escuela de patriotismo, todo cuanto contribuya á fomentar su estudio debe merecer buena acogida de parte de los que se preocupan en inculcar á la infancia esas grandes ideas que desarrollan sus facultades y forman su voluntad. El medio por nosotros elegido es el de las biografías, porque

si, como dice Alcántara García, *los muertos gobiernan á los vivos*, « no hay método más seguro para llegar á ser buenos, y, sin duda, para llegar también á ser grandes, que vivir desde un principio en relación con los hombres grandes y buenos, y no hay sermón que valga lo que el ejemplo de un grande hombre. »

ORESTES ARAÚJO.

Montevideo, Octubre de 1891.



NOTA — Cumplimos con un deber de justicia haciendo pública nuestra gratitud para con el doctor don Pedro Mascaró y Sosa, Director de la Biblioteca Nacional, el que tanto ha contribuido con su erudición y buen consejo á facilitarnos la penosa tarea de dar cima á la presente obra.

OBRAS CONSULTADAS.

Alcántara García, Pedro. — *Compendio de pedagogía teórico-práctica.* — 1891.

Bauzá, Pedro E. — *Homenaje al recuerdo del Ilmo. y Rmo. Obispo Diocesano, D. Jacinto Vera.* — 1881.

Bauzá, Francisco. — *Historia de la colonización española en el Uruguay.* — 1880 á 1882.

Berra, Francisco A. — *Bosquejo histórico de la República Oriental del Uruguay.* — 1881.

El mismo. — *Defensa documentada del Bosquejo histórico.* — 1885.

El mismo. — *Noticia de José Pedro Varela y de su participación en la reforma escolar del Uruguay.* — 1888.

Caicedo, J. M. Torres. — *Ensayos biográficos y de crítica literaria.* — 1868.

Crovetto, Gregorio. — *Á la memoria del Dr. D. Teófilo D. Gil.* — 1889.

De-María, Isidoro. — *Rasgos biográficos de hombres notables de la República Oriental del Uruguay.* — 1883.

El mismo. — *Compendio de la historia de la República Oriental del Uruguay.* — 1889.

El mismo. — *Anales de la Defensa de Montevideo.* — 1883 á 1885.

Díaz, Antonio. — *Historia política y militar de las Repúblicas del Plata.* — 1878.

Espinosa, Manuel Herrero y. — *José Pedro Varela.* — 1885.

Figueroa, Francisco Acuña de. — *Colección de Obras completas.* — 1890 - 1891.

Fregeiro, C. L. — *Artigas, estudio histórico.* — 1886.

Garzón, Vicente. — *Algunos servicios del General don Eugenio Garzón.* — 1876.

Granada, Nicolás. — *La Ilustración Uruguaya.* — 1884.

Granada, Daniel. — *Vocabulario Rioplatense razonado.* — 1890.

Lamas, Andrés. — *Introducción á las poesías de Adolfo Berro.* — 1864.

El mismo. — *Biografía de D. Joaquín Suárez.*

El mismo. — *Apuntes históricos sobre las agresiones del dictador argentino D. Juan Manuel de Rosas.* — 1849.

El mismo. — *Colección de memorias y documentos publicados en « El Comercio del Plata ».*

Lefevre, J. — *Biografía de J. C. Tiébaud.* — 1851.

Maeso, Justo. — *El General Artigas y su época.* — 1885.

El mismo. — *Los primeros patriotas orientales de 1811.* — 1888.

Maeso, Carlos. — *Glorias Uruguayas.*

El mismo. — *El Oriental, narraciones, biografías, etc., etc.* — 1884.

Ordoñana, Domingo. — *Conferencias sociales y económicas.* — 1883.

Pereyra, Antonio N. — *Ensayo sobre la Historia del Río de la Plata.* — 1877.

Pérez, Miguel A. — *Galería de hombres ilustres.* — 1881.

Pérez Castellanos, José Manuel. — *Conversaciones sobre agricultura.* — 1848.

Publicación oficial. — *Reseña retrospectiva del Hospital de Caridad de Montevideo.* — 1889.

Ramírez, Carlos María. — *Artigas.* — 1884.

El mismo. — *Juicio crítico del Bosquejo histórico del Dr. Berra.* — 1882.

Reuelta, Luis. — *La gloriosa cruzada de los Treinta y Tres patriotas orientales.* — 1888.

Sosa, Pedro Mascaró y. — *Apuntes para una historia de la Biblioteca Nacional de Montevideo.* — 1882.

Varela, José Pedro. — *De la legislación escolar.* — 1876.

El mismo. — *La educación del pueblo.* — 1874.

Vázquez, Santiago. — *Rasgos biográficos del Dr. D. Santiago Vázquez.* — 1887.

Warren, Carlos. — *Biografía del Dr. D. Teófilo D. Gil.*
— 1887.

Williams, Camilo. — *Teófilo D. Gil, artículo biográfico.*
— 1889.





JOSÉ GERVASIO ARTIGAS.

1764 - 1850.

Dice Castelar, que sólo se graba eternamente un nombre en las tablas de bronce de la Historia, abriéndolo con la fuerza de un gran carácter y de una gran vida.

Este carácter lo poseía el precursor de la nacionalidad oriental; esta gran vida la constituyen todos los actos de Artigas, que, como eslabones de una cadena, enlazan la suya al primer solevantamiento político de la hoy República del Uruguay.

Sucede entre nosotros con Artigas lo que acontece en la Argentina con San Martín, en los Estados Unidos con Wáshington, en Méjico con Juárez, en Venezuela con Bolívar: todos sus conciudadanos los veneran, y aunque hayan incurrido en errores, de los cuales nadie está exento, saben olvidarlos para no ver en esas prominentes figuras, otra cosa que su lado bueno, el mucho patriotismo que los mo-

vió hacia la ejecución de los más grandes propósitos, su abnegado desinterés personal y el constante anhelo de lograr ese sacrosanto principio que á tantos pueblos ha redimido: la libertad y la independencia.

No nos causa extrañeza, pues, ver la imagen del jefe de los orientales por doquiera que dirijamos la mirada: en las oficinas del Estado lo mismo que en el bufete del hombre de letras; en la lujosa mansión del potentado y en la sencilla habitación del ciudadano modesto; lo mismo en la capital que en los Departamentos; tanto en la escuela pública donde el preceptor inculca á sus discípulos las ideas del prócer uruguayo, como adornando las paredes del humilde rancho del paisano de nuestra campaña, que se complace en relatar á su prole las hazañas del héroe.

A fuerza de ver tan á menudo la fisonomía de Artigas, ésta queda grabada en la imaginación de todos, y ante el retrato del anciano nos descubrimos como impulsados por un vago sentimiento de respeto y veneración.

Este culto á las imágenes de los prohombres de una nacionalidad no puede calificarse de fetichismo, cuyo origen dimana de la más

grosera superstición, sino muy al contrario, de amor entrañable hacia quienes sacrificaron tranquilidad, hacienda y vida en beneficio de una idea, de una doctrina ó de un principio. Es la manifestación de la gratitud de todo un pueblo para con aquellos que dieron las más altas pruebas de civismo; es el respeto que viene sucediéndose de generación en generación; significa que los pueblos no siempre son ingratos para los que les han dado patria y libertad, paz é independencia, bienestar y riqueza.

Por otra parte, este culto trae aparejado un mundo de recuerdos relativos á sucesos memorables y fechas imperecederas, á las cuales suele estar ligada la mayoría de los ciudadanos ó sus antepasados; sobre todo, si se trata de sucesos no muy remotos y de países que recién nacen á la vida de la libertad.

Algunos dicen que el General Artigas no merece los pomposos títulos con que se le adorna, al paso que otros no vacilan en compararlo á los héroes más renombrados del mundo; pero nadie negará que quien contribuyó á fundar la nacionalidad oriental, y sacrificaba su persona y sosiego con tan santos

propósitos, y no flaqueaba ni aun en los momentos más dolorosos para el patrio suelo, y llegó á ser el árbitro de sus destinos, y fué aclamado por el pueblo como su ídolo predilecto, sin que hiciesen mella en sus propósitos ni intrigas, ni promesas, ni amenazas, ese hombre es acreedor por lo menos á que su memoria sea respetada, pero nunca escarnecida.

Artigas nació en Montevideo el 19 de Junio de 1764, siendo sus padres D. Martín José Artigas y Doña Francisca Armas, ambos naturales de Montevideo y descendientes de los primeros pobladores de esta ciudad. Don José Gervasio Artigas, que era el primogénito de aquel matrimonio, contrajo nupcias en 1805 con su prima hermana doña Rafaela Villagrán, de cuyo enlace no hubo más sucesión que su hijo José María, fallecido en 1847, es decir, tres años antes que el autor de sus días.

La adolescencia la pasó dedicado á faenas rurales, y de tal modo se connaturalizó con ellas, que muy pronto quedó convertido en un campero hábil, diestro, resuelto y valiente como pocos. Estas cualidades y otras muchas no menos sobresalientes lo llevaron á formar

parte, en clase de Teniente, del Regimiento de Blandengues ¹ creado en 1797.

Sus prendas personales y el conocimiento práctico que tenía del territorio lo hicieron temible á los bandoleros que estaban enseñoreados de la campaña, de los contrabandistas portugueses que burlaban la acción de la autoridad, y de los numerosos grupos de indios que cometían todo género de actos vandálicos.

Su presencia en las comarcas ganaderas era una garantía de seguridad para sus habitantes, que más de una vez estimularon su

1. *Blandengue*. Antiguo lancero del Rfo de la Plata, conocedor muy práctico del país, destinado primitivamente á guerrear contra los indios de las pampas de Buenos Aires.

A mediados del siglo pasado, los indios pampas, que hasta entonces se habían contentado con disfrutar del ganado cimarrón, prodigiosamente multiplicado á raíz de la conquista, el cual vendían en Chile, empezaron, ya casi extinguido, á molestar á los vecinos de la provincia de Buenos Aires, invadiendo sus estancias. El Gobernador, que era á la sazón del Rfo de la Plata, D. José Andonaegui, organizó, para repelerlos, un cuerpo expedicionario. Pronto éste para salir á campaña, en la plaza principal de Buenos Aires, desfiló ante el representante de la autoridad soberana, blandiendo sus lanzas en señal de homenaje y rendimiento. La gallardía de los lanceros al ejecutar el reverente saludo, arrancó de la boca del concurso entusiasmado la palabra blandengue, cuyo eco pasó en seguida á la nomenclatura militar de las provincias del Plata.

Posteriormente, en la época del virreinato, se organizaron también cuerpos de blandengues en Montevideo y otros puntos. Batallar con los indios salvajes, perseguir á los contrabandistas y cuatros, á los reos, vagos, desertores y facinerosos, llevar, como elusques, comunicaciones oficiales, dar cuenta de cualquiera novedad que interesase al orden público, escoltar expediciones: tales eran los encargos propios del ministerio en que los blandengues ejercitaban su pericia y esfuerzo.

Formábanse los cuerpos de blandengues, eligiéndolos entre los hombres más prácticos del país, de los más *baqueanos*; vestían lujosamente; distinguíanse por su gallarda apostura; su valor y esfuerzo eran proverbiales. (*Vocabulario Rioplatense razonado*, por D. Daniel Granada, págs. 109 y 110.)

celo de guardian del orden público con honrosas dádivas, á que sólo se hace acreedor el que llega á captarse las simpatías de los beneficiados.

Esta fama que fué adquiriendo, hizo resonar su nombre lo suficiente para que se le mirase con una mezcla de temor y respeto, aun por las mismas autoridades, sin que se le escapase á Artigas la impresión que causaban su carácter y procederes. Esto de una parte, y de otra la conciencia que tenía de su valer y significación, lo decidieron poco después de haber estallado la revolución de Mayo, á ofrecer sus servicios á la Junta de Buenos Aires, la que conociendo cuán pujante era su brazo y cuánta influencia ejercía entre el paisanaje, no vaciló en aceptarlos, otorgándole el grado de Teniente Coronel, suministrándole recursos pecuniarios y autorizándolo para ponerse al frente de las milicias que lograrse reunir.

El 7 de Abril de 1811, Artigas, procedente de la vecina orilla, desembarca en el territorio oriental, y conocido este movimiento insurgente, toda la campaña se pronuncia á su favor, y el caudillo popular es aclamado como jefe de los orientales.

Después de la acción de San José, primer combate entre españoles y orientales y primer triunfo de éstos, siguióse la célebre batalla de las Piedras, en la que, aun cuando los realistas pelearon con denuedo, Artigas los derrotó completamente. Este hecho de armas, cuyos resultados fueron decisivos, asentó su reputación, produciendo en la campaña una predisposición más acentuada y favorable hacia el grande ideal de la independencia y vigorizando el patriotismo de los que habían esgrimido las armas para libertar á su país.

Entonces principia el asedio de Montevideo, que poco después es levantado por orden del gobierno de Buenos Aires; suceso imprevisto que decidió á Artigas á retirarse á Entre Ríos acompañado de más de diez y seis mil personas entre ejército y familias. Este rasgo de todo un pueblo, que prefiere abandonar su tierra antes que presenciar cómo la huella la planta del invasor (pues los portugueses se habían hecho sentir hasta las orillas del Río Negro), es conocido en la historia bajo la denominación de «el éxodo del pueblo oriental.»

Vuelto al patrio suelo en 1812, después de haberlo evacuado los portugueses, se renueva

el sitio bajo la dirección de Rondeau, secundándolo Artigas con las fuerzas de su mando; pero como los diputados orientales á la Asamblea Constituyente reunida en Buenos Aires, fueron por dos veces rechazados, se dió por ofendido, considerando ese acto como un desconocimiento de la autonomía de la Provincia Oriental, y en su consecuencia se retiró del sitio con sus tropas y partidarios.

Esta actitud de Artigas, algo violenta, pero disculpable dada la provocación que la produjo, dió por resultado un decreto de proscripción contra él, y que se pudiese á precio su cabeza; enconándose todavía más los ánimos con la declaración del Directorio, que incorporaba la Provincia á las demás del Río de la Plata.

« Las ideas de federación del General Artigas habían cundido en las Provincias de Entre-Ríos, Corrientes, Santa Fé y Córdoba, colocándose éstas bajo el protectorado del popular caudillo. A pesar de los trabajos de las autoridades de Buenos Aires, su prestigio y poder se habían aumentado y no era posible prescindir de él para conseguir una paz duradera. Varias tentativas se hicieron

en el sentido de procurar un avenimiento entre el General Artigas y el Directorio de Buenos Aires, pero todas ellas fracasaron.»

El vencedor de las Piedras tenía su campamento en la Purificación ¹, cuando supo que los portugueses proyectaban invadir otra vez el territorio oriental, y á la simple noticia de ello el pueblo se puso en pie para repeler con la fuerza una invasión tan injustificada. Artigas adoptó todas aquellas medidas que creyó del caso, y hubo numerosos y formidables encuentros, de la mayoría de los cuales, infaustamente, no salieron bien libradas las tropas patriotas.

Llevado de su buen deseo de adquirir recursos de todo género con que hacer frente á las huestes invasoras, el Cabildo de Monte-

1. La *Purificación* era un pueblo creado sobre el Uruguay en el Hervidero, á donde se remitían desde el tiempo de Otorgués los *godos* que caían en desagrado. El nombre de *Purificación* fué inventado por el padre Monteroso, consejero de Artigas, hombre de ideas exaltadas y sanguinarias. En el centro de la plaza se enarbolaba la *tricolor* todos los días festivos. Había oratorio y era costumbre concurrir la tropa á misa en los mismos días. Los confinados allí, eran obligados á labrar la tierra, y el producto de sus siembras se remitía á Montevideo, donde se expendía, destinando su importe á la provisión de ropa y artículos de alimentación de los mismos. A poca distancia existía una altura dominante, que el dicho popular llamó la *mesa de Artigas*, célebre en la guerra con los portugueses en que vamos á entrar, por ser el punto elegido de preferencia por Artigas para plantar su tienda, abarcando con la vista aquella parte del Uruguay donde tantas veces se cruzaron las armas de los combatientes, defendiendo unos el suelo originario y otros la conquista extranjera. (*Rasgos Biográficos*, por Don Isidoro De-María.—Tomo I, pág. 33.)

video los solicita de Buenos Aires, quien se aviene á prestarlos á condición de que la Banda Oriental jure obediencia al Congreso de la vecina orilla y enarbole el pabellón de las Provincias Unidas; propuesta que es aceptada por los delegados del Uruguay, pero á la cual no quiso asentir Artigas, estampando entonces en un documento público estas sentidas frases: “ *El Jefe de los orientales ha manifestado en todos tiempos que ama demasiado á su patria para venderla al vil precio de la necesidad.*”

Aunque los portugueses marchaban de victoria en victoria, no dejaban de comprender lo mucho que valía y significaba el caudillo, y esto los decidió á intentar concluir su laboriosa campaña por medio de un sometimiento pacífico de Artigas, á quien ofrecieron, si disolvía sus fuerzas, el grado de Coronel con el goce del sueldo correspondiente, debiendo retirarse al Brasil ú otro cualquier punto del reino de Portugal, á lo que contestó con una negativa tan arrogante como decisiva.

Reducido últimamente á la impotencia, no tanto por el poderío de los invasores como

por las tramas que se urdieron en contra de él, Artigas se trasladó al otro lado del Uruguay para robustecer la lucha que Santa Fé y Entre-Ríos sostenían con el Directorio, y si triunfaba allí volver con nuevos bríos y reforzado su ejército á desalojar de sus puestos á los portugueses.

Síguese á estos acontecimientos un período de verdadera anarquía, combates sangrientos, defecciones vergonzosas, pactos infamantes, contrariedades de toda clase, y el poder é influencia del famoso agitador va descendiendo poco á poco hasta perderse en el horizonte de su cielo político y militar.

«Al fin, perseguido por la fatalidad del destino, amargado por la ingratitude y entristecido por la suerte de su patria, uncida al yugo de la dominación extranjera, se resolvió á buscar un asilo en el Paraguay antes que someterse á sus implacables enemigos. Prefiere el ostracismo voluntario.»

«Una noche, rodeado de sus más constantes compañeros, les revela su última resolución, dejando á todos en libertad para seguir su suerte ó tomar otro partido. Ansina, su bueno y leal Ansina, que vamos á

ver acompañarle hasta el fin de su vida, es el primero que responde con noble resolución:—«Mi general, yo lo seguiré, aunque sea hasta el fin del mundo.»

Llegado á la Candelaria, posesión paraguaya, mandó pedir hospitalidad al dictador Francia, quien no se la negó, estableciéndose en el Paraguay, donde vivió treinta años á expensas del gobierno de este país, hasta que falleció el 23 de Septiembre de 1850.

Éste fué el fin del precursor de la nacionalidad oriental; del que agrupó y acaudilló las masas campesinas del Uruguay contra los poseedores españoles primero y la conquista portuguesa después; del que supo retemplar el sentimiento indómito de todo un pueblo; del que desafió las iras de dos naciones gigantes, y que, peleando, «casi siempre infortunado pero siempre heroico», dejó sembrada la semilla de la independencia que fructificó rápidamente al vivísimo calor patriótico de los homéricos Treinta y Tres.





MANUEL PÉREZ CASTELLANOS.

1744 - 1814.

Dos problemas de gran trascendencia preocuparon el ánimo del presbítero don José Manuel Pérez Castellanos: el del amor al trabajo fomentando la agricultura y el del desarrollo intelectual del pueblo mediante el conocimiento de obras al alcance del mismo. Para lograr esto último ideó la fundación de una biblioteca pública, donando por disposición testamentaria sus propios libros y recursos para sostenerla; y para conseguir lo primero se dedicó durante cuarenta años á todo género de prácticas agrícolas, escribiendo el resultado de sus observaciones, y predicando con el ejemplo.

El poco apego que hacia la lectura demostraban sus contemporáneos, bien fuese por carencia de tiempo y medios, ya por el desconocimiento supino de los beneficios que aquélla reporta, le hizo pensar seriamente en

la conveniencia de crear un centro de provechoso esparcimiento, arrojando así la semilla que más tarde debía fructificar para destruir la ignorancia y el error.

No se le escapaban al digno sacerdote las excelencias y ventajas que envuelven los libros, que divorcian el pensamiento de las preocupaciones, retemplan el ánimo abatido y engendran ideas nobles y generosas; y á la consecución de tantos bienes iba encaminado el proyecto del doctor Pérez Castellanos. Tan es así, que en una de las cláusulas de su testamento disponía que se fundara dicha institución con los libros de su propiedad que para ese fin donaba, así como la casa, cuyos arrendamientos consideraba suficientes para sufragar el sueldo del bibliotecario y cubrir los gastos que originase el sostén de aquélla.

Por desgracia no se cumplió inmediatamente la voluntad del donante, pues preocupados los hombres de mayor significación en luchas políticas de todo género, los momentos no eran nada propicios para llevarla á cabo, y tan civilizador pensamiento no tuvo mayor trascendencia por aquel entonces (año 1814).

No obstante, el doctor don Dámaso Larrañaga, íntimo amigo de Castellanos, no permitió que el tiempo transcurriera mucho sin que los deseos de éste se cumpliesen, logrando después de algunas gestiones que la biblioteca pública de Montevideo quedara fundada al año siguiente, merced á la protección que le prestó el General Artigas, quien *no vaciló en poner el sello de su aprobación* á idea tan digna de general aplauso. Pero cuando tuvo lugar la oprobiosa invasión portuguesa, aquel establecimiento fué clausurado, depositándose en la casa que Pérez Castellanos había legado, los libros y útiles que constituían la biblioteca. Por último, el 18 de Julio de 1838 fué reabierta al público, organizada tan bien como lo permitían las circunstancias.

La fundamental idea del primer sacerdote oriental, era establecer una biblioteca compuesta de libros que estuviesen al alcance de todas las inteligencias, obras sencillas, rudimentarias si se quiere, pues de ser publicaciones magistrales, de consulta ó para sabios, su pensamiento corría riesgo de fracasar, porque no es con libros de este género como se

ilustra la razón del verdadero pueblo, del pueblo que apenas tiene simples nociones y dispone de escaso tiempo para leer. Y pensando de este modo, Pérez Castellanos demostraba no estar desprovisto de ese sentido práctico tan necesario al éxito de toda empresa.

El acto de desprendimiento que ejecutó con tanta espontaneidad lo enaltece en gran manera, y de ahí que su noble acción haya merecido la gratitud de la posteridad, que haciéndole justicia, sobre dignificar sus méritos y virtudes, honra su memoria.

Desde su modesto retiro, y cuando ya tenía 70 años, escribió sus *Observaciones sobre agricultura*, redactadas, según se expresa en el frontispicio de la obra, con aplicación al clima y calidad de los terrenos del Miguelete é inmediaciones de Montevideo, como resultado de la práctica que hizo durante más de cuarenta años que estuvo cultivando una quinta á orillas de tan pintoresco arroyuelo, y sin más libros de consulta que su experiencia.

Esta publicación es un verdadero tratado de agricultura práctica, pues en ella se enseña á los labradores y hortelanos todas las

mejoras de que el suelo es susceptible, da á conocer el valor comparativo de diversas semillas, el efecto de la plantación en diferentes épocas y á distintas profundidades, el modo de emplear abonos reconocidos como buenos, la manera de lidiar con los numerosos parásitos y animales que perjudican las cosechas, el uso de utensilios y herramientas más usuales, etc., etc. Pérez Castellanos quiso que su obra se adaptase á nuestro clima y calidades del terreno, así que también se acomodara el medio en que vivían los agricultores del Uruguay, porque — decía él, — los tratados que llegan del extranjero no tienen por lo general aplicación á estos territorios.

No opinaba como muchos autores, que creen que para ser agricultor se necesita conocer la química, la botánica y la anatomía, pues el labrador que llegase á estar persuadido de todo lo que estas ciencias enseñan — decía con santa simplicidad, — «soltaría el arado con que rompe la tierra, para entregarse á unas especulaciones que contemplo ajenas de su ejercicio.»

Sus *Observaciones* están escritas con tanta sencillez y claridad, hay tal soltura de len-

guaje, tal corrección de formas, que cualquiera diría que para componerlas Pérez Castellanos se inspiró en el estudio de las *Geórgicas* de Virgilio. Además, están salpicadas de maduras reflexiones, tan aplicables hoy como el día que las escribió; de numerosas sentencias, prescripciones, anécdotas y aun reminiscencias históricas que hacen su lectura sumamente agradable y demuestran la erudición de este sacerdote ejemplar.

Entregado á tan útiles tareas pasó la mayor parte del tiempo, no limitándose á la práctica de la agricultura, sino dedicándose también á todas las industrias caseras cuya materia prima se puede obtener de una granja medianamente organizada.

De lamentar es que tan sabias lecciones hayan quedado sepultadas en el olvido, pues si bien es cierto que desde 1848, en cuyo año fué impresa la obra del doctor Pérez Castellanos, hasta la fecha, los procedimientos agrícolas han adelantado rápidamente en la República, no es menos verdad que contiene observaciones y consejos que nunca serán extemporáneos ni caducos.

Además de su condición de agricultor

que propagaba sus ideas con el ejemplo, de hombre generoso cuya casa estaba abierta para todos, de persona culta cuyo trato frecuentaban sus contemporáneos más doctos é ilustrados, reunía el doctor Pérez Castellanos otras cualidades y prendas no menos laudables, pues fué un dechado de virtudes, tanto si lo consideramos en el ejercicio de su sagrado ministerio, como si lo juzgamos en su esfera de ciudadano.

Había abrazado la carrera del sacerdocio con verdadera vocación; y por ser apóstol sincero de la religión, y reunir un carácter simpático, y tener costumbres irreprochables, infundía respeto á la vez que cariño.

Nació en Montevideo en el año 1744, recibió las órdenes sagradas en Buenos Aires, y su alma ascendió á la mansión de los justos á últimos de 1814.

He aquí algunos de sus pensamientos, impregnados de aquella ingenuidad que le era característica:

«Las hormigas no son infinitas, pero . . . no se acaban.

Muchos males públicos que se padecen, no es porque no se puedan, sino porque no se quieren remediar.

No es dado á ningún hombre aspirar á poseer el don de la infalibilidad.

Los filósofos, con sus raciocinios sutiles, son de tan poco provecho para la agricultura, como lo han sido para la sociedad los diversos sistemas de gobierno con que han embrollado á todo el mundo.»





FRANCISCO ANTONIO MACIEL.

1757 - 1807.

Si consideramos á Francisco Antonio Maciel bajo el triple carácter de industrial, filántropo y ciudadano, no sabremos en qué terreno admirarlo más, puesto que en todos ellos la personalidad del *Padre de los pobres* resalta por actos nobles y generosos, llegando su abnegación hasta el extremo de hacer el sacrificio de su vida en defensa del suelo natal pisoteado por la planta del extranjero invasor.

Pero antes de enunciar sus virtudes como hombre caritativo y de juzgarlo como súbdito leal que muere por la patria y el honor de su bandera, lo queremos presentar como entidad progresista, dotada de un espíritu de empresa nada común.

Como hombre de iniciativa, tal vez sea Maciel el ciudadano á quien más deben el comercio y la industria de su época, pues

no hubo empresa que no abordase, ni idea que no llevase á término, aplicando á su realización la cuantiosa fortuna que le dejaron sus padres y que él supo acrecentar mediante prudentes negocios derivados de un asiduo trabajo, de cuyos lucros y ganancias hacía partícipes á sus consocios y dependientes, pues jamás el repugnante defecto del egoísmo afeó ninguno de sus actos.

El alumbrado público planteado en Montevideo á fines del siglo pasado fué creación suya, valiéndose de velas de baño y de molde que mandaba hacer en una fábrica de su propiedad; lo que deja comprender el deseo de Maciel de hermosear el pueblo de su nacimiento, y satisfacer una necesidad de la que no pueden prescindir las ciudades cultas.

Asociado á otra persona fundó también un saladero en el Paso del Molino; pues siendo nuestro país eminentemente pastoril, el genio creador de Maciel no podía menos de desarrollar una industria cuya materia prima estaba á mano, y que con el transcurso de los años ha venido á ser el auxiliar más poderoso del ganadero.

Este establecimiento fué el centro de otros

que planteó á su alrededor, pues prosiguiendo en sus ideas de actividad y trabajo, construyó el primer molino de viento y la primera fábrica de alfarería que se conocieron en Montevideo, entregando su dirección á trabajadores aptos que hizo venir del extranjero; con lo que resolvía, si bien en pequeña escala, el doble problema de desarrollar una industria provechosa y aumentar la población con brazos útiles.

Maciel no se limitó á aplicar sus capitales al planteamiento y desarrollo de las industrias enumeradas, sino que procuró también ensanchar las esferas del comercio, á cuyo desenvolvimiento oponíanse las rancias ideas de los gobiernos de la metrópoli, quienes no permitían á las colonias otras relaciones mercantiles que con la madre patria. Las gestiones de tan celoso ciudadano concluyeron con un sistema tan estrecho de miras, y el rey de España, tomándolas en cuenta, otorgó la venia correspondiente para que este país pudiese negociar con los mercados del Brasil, los cuales quedaron desde entonces abiertos al comercio oriental.

Lo expuesto basta para demostrar cuán

superior era el carácter de Maciel como obrero inteligente, industrial activo y hombre progresista, sobre cuyas altas y envidiables prendas descollaba la del abnegado filántropo que se entregaba á las prácticas de todo género de obras de caridad; no impulsado por una vana é insustancial ostentación, sino dejándose llevar de sus sentimientos nobles y generosos en pro del doliente, del necesitado ó del afligido, á quienes nunca desamparó.

De ahí que se preocupase de fundar una asociación con el primordial objeto de prestar todo género de consuelos á los reos condenados á la última pena y de proteger á los náufragos desvalidos; pero como quiera que esto no respondiese de una manera bastante completa á los deseos de Maciel, que ambicionaba para los necesitados la mayor suma de protección posible, destinó un espacioso almacén de su casa para asilo de enfermos desvalidos, dotándolo de doce camas.

Pronto el número de éstas fué insuficiente, y reducido el local destinado á tan piadoso objeto, haciéndose por lo tanto

necesario otro de más capacidad, á cuyo efecto inició la idea de la construcción de un edificio público á propósito para hospital de caridad.

Acogido el proyecto por el Cabildo, se adquirió el terreno necesario para ello, y terminada la obra, no sin fuertes desembolsos pecuniarios hechos por Maciel, el 17 de Junio de 1788 quedó abierto al servicio público el primitivo hospital de Caridad de Montevideo, que con el transcurso del tiempo ha venido experimentando todo género de transformaciones, tanto en su parte material como en su organización.

Su carácter previsor llevó todavía más lejos los excelentes y humanitarios sentimientos que caracterizaban al *Padre de los pobres*, y comprendiendo que no era bastante curar á los enfermos, sino que se hacía necesario atenderlos con igual esmero durante el período en que se recuperan las fuerzas perdidas, hizo cesión de un solar situado en las inmediaciones del hospital, con el determinado objeto de que había de formarse en él un jardín para distracción y solaz de los convalecientes; pensamiento

que desgraciadamente no se efectuó, pues sobrevino la guerra con los ingleses y se olvidaron los proyectos de este género para atender á la defensa del territorio.

Era Maciel, desde 1780, Subteniente de granaderos del batallón de milicianos de Montevideo, cargo que desempeñó once años consecutivos, al cabo de los cuales fué promovido al empleo de Capitán, lo que quiere decir, que el gobierno español no era muy pródigo en conceder ascensos.

Los temores de una invasión inglesa se hicieron sentir al expirar el año 1805, acentuándose tanto, que el gobernador de la plaza procedió á adoptar todas las medidas militares que el caso requería, teniendo que recurrir al comercio en solicitud de un préstamo de cien mil pesos para hacer frente á los gastos que demandaba lo anormal de la situación creada; y Maciel figura en la lista de suscripción como uno de los primeros y más generosos contribuyentes.

Pero la escuadra inglesa dirigiéndose á la vecina orilla se apoderó de Buenos Aires, empeorando la situación de Montevideo, que, no sólo se vió privado de los recursos pe-

cuniaros que la capital del virreinato pudiera prestarle, sino que todo hacía suponer que caería inmediatamente en poder de las tropas inglesas, aunque sucedió lo contrario, gracias á la decisión de Liniers y al concurso moral y material que el comercio y el pueblo prestaron para el mejor éxito de esta expedición, cuyos móviles estribaban en reconquistar á Buenos Aires, como así fué.

En esta ocasión, como en todas, Maciel mostróse diligente, abnegado y entusiasta, suscribiéndose con 200 pesos mensuales, enganchando para la escuadrilla que se formó á un buen número de jornaleros de sus establecimientos y concluyendo por suministrar generosamente abundantes provisiones de boca para los tripulantes; acciones que no dejaron de recibir honrosa recompensa moral, pues una de las seis medallas de plata que se remitieron á Montevideo, para ser distribuídas entre los ciudadanos más beneméritos, fué entregada al infatigable y celoso Maciel.

En abierta guerra España con Inglaterra, esta poderosa nación dirigió sus bastardas miras á las numerosas colonias que la primera poseía en América, volviendo Montevi-

deo á ser el blanco de la saña y la ambición británicas. Pero los habitantes de esta ciudad, siempre leal y heroica, se disponen á tan desigual lucha con más fe en la santidad de su causa que elementos materiales para sostenerla; y vemos otra vez al esclarecido Maciel llevar á cabo nuevos actos de civismo, disponiéndose á luchar hasta morir antes que mostrar flaqueza al enemigo ó acceder á sus insólitas pretensiones.

Y así aconteció, por desgracia. El día 20 de Enero de 1807, en una salida que hizo Maciel al frente de sus soldados, fueron sorprendidos por el cuerpo de rifleros ingleses que se hallaban emboscados á la altura del paraje denominado el *Cristo*, donde perdió su preciosa vida el *Padre de los pobres*, no sin antes luchar con decisión, arrojo y entereza; signos peculiares de los caracteres viriles y resueltos.

Realza más el mérito de esta acción, que Maciel pagó tan cara, el hecho de que, como Juez del Comercio, no estaba obligado á empuñar las armas, que intentaron en vano hacerle deponer sus numerosos amigos, como impulsados por algún triste presentimiento, fatalmente cumplido apenas presagiado.

Se hace justicia al Maciel humanitario y caritativo, pero nos hemos olvidado del Maciel progresista y emprendedor, que arriesgaba su fortuna en holocausto del triunfo de una idea, la del desarrollo de numerosas industrias, que si hoy están al alcance de todos, fueron las primeras que entonces se plantearon, convirtiéndose más tarde una de ellas en fuente de bienestar, manantial de prosperidad y venero de riqueza, como lo es actualmente la de la salazón y conservación de carnes.

Suelen ser tan contradictorios os juicios de la historia acerca del mérito de los hombres que rebasan los límites de lo general y común, que muchas veces no se sabe de qué lado se inclina la balanza de la justicia; pero felizmente no se encuentra en este caso Francisco Antonio Maciel, pues si en vida recibió plácemes de todo género por sus honrosos trabajos y virtudes cristianas, después de muerto la posteridad admira su desinterés y sacrificio; y «pobres y ricos, sabios é ignorantes, todos lloran sobre su tumba con igual fervor.»





DÁMASO ANTONIO LARRAÑAGA.

1771-1841.

Entre las nobles figuras que se destacan en el cuadro de las notabilidades uruguayas, aparece la del doctor don Dámaso Antonio Larrañaga.

Hijo de una distinguida familia, este ilustre varón vió la luz primera por el año 1771 en la ciudad de Montevideo.

Desde joven tuvo vocación por la carrera eclesiástica, y por más que sus padres lo habían destinado á la de medicina, ordenóse de presbítero en Río Janeiro, después de haber cursado sus estudios en Buenos Aires y en Córdoba.

Acompañó en carácter de Capellán á los voluntarios que á las órdenes de Liniers marcharon en 1806 á la reconquista de Buenos Aires, y el año siguiente asistió también á la memorable acción en la que el pundonoroso é infortunado Maciel, *Padre de los pobres*, murió víctima de su arrojo.

A principios de 1814 se trasladó á la capital vecina, donde fué nombrado bibliotecario público, volviendo al seno de su patria en virtud de haber recaído en él la dignidad de cura-rector de la Matriz, cargo que desempeñó hasta que, constituida la República y habiendo abogado él por la separación de su iglesia de la diócesis de Buenos Aires, el Sumo Pontífice lo elevó á la categoría de Vicario Apostólico.

Tuvo también participación en los asuntos políticos de su época, si bien no en todos ellos su austeridad cívica rayó á la altura de su fama de sacerdote dignísimo; pero á menudo, los individuos, como los pueblos, tienen que someterse al imperio brutal de la fuerza y aceptar los hechos consumados, más con objeto de rehacerse ulteriormente, que por admitirlos como buenos.

Sus ideas fueron bastante avanzadas, tanto en filosofía como en política, pues á él cupo la gloria de presentar á la sanción de la legislatura un proyecto de ley aboliendo la pena de muerte en la República, y de trabajar con perseverante fe en pro del establecimiento

de varias instituciones encaminadas á elevar el nivel intelectual y moral del pueblo.

Justifican nuestra afirmación los deseos vehementes que manifestó al General Artigas á fin de que se realizara cuanto antes la apertura de la biblioteca pública ideada por el bondadoso Pérez Castellanos, ofreciéndose Larrañaga á enriquecerla con obras de su propiedad, á organizarla con su competencia y á plantearla definitivamente con su cooperación desinteresada, como así se hizo, inaugurándose bajo su idónea dirección.

El discurso de apertura que sus labios pronunciaron con tal motivo, es un documento en que campean las adelantadas ideas de este ilustre pensador, los sentimientos que albergaba y los propósitos que tenía respecto de la institución á él confiada.

Esta oración inaugural es su profesión de fe, no pronunciada por hacer gala de erudición, sino para desarrollar en el ánimo de sus oyentes el gusto por la lectura y el amor al estudio.

Sin embargo, todo aquel caudal de libros acumulados á fuerza de dinero, tiempo y cuidados, casi exclusivamente por Pérez Cas-

tellanos y Larrañaga, «aquellas preciosas joyas científicas y literarias rodaron dos años después por tierra á impulso de los sacudimientos políticos, para desaparecer entre sus escombros.»

La fundación de la *Sociedad Lancasteriana* y de la escuela pública gratuita que de ella dependía, fueron también creación del padre Larrañaga, secundado por las personas de mejor posición social de Montevideo, quienes aspiraban no sólo á que se introdujeran en la educación del pueblo los mejores y más modernos sistemas y métodos de enseñanza conocidos hasta entonces, sino á que no vagasen por calles y plazas los numerosos muchachos que las poblaban, ya debido á la incuria de sus padres, bien por holgazanería, mal reprimida de parte de sus familias. La idea de Larrañaga y de sus colaboradores era doblemente meritoria, puesto que desarrollando las facultades mentales del niño lo instruían, y formando hábitos de orden y disciplina, lo moralizaban, arrancándolo de los desastrosos efectos del vicio, que se suele arraigar en los chicuelos ociosos y mal entretenidos, que todavía hoy tanto abundan desgraciadamente.

Se comprende sin gran dificultad que un hombre á quien de tal modo preocupaban el problema de la educación y el porvenir de la niñez, estuviese también dotado de sentimientos caritativos, y esto queda comprobado con las gestiones que hizo á fin de fundar instituciones de carácter piadoso, que tan reclamadas eran por la sociedad embrionaria de Montevideo. De ahí surgió la idea de establecer la inclusa ó casa apropiada para recoger y criar á los niños expósitos, de la cual fué Larrañaga una de sus principales columnas. Desde entonces tuvieron las infelices criaturas un asilo cuyo torno se señalaba exteriormente con esta sencilla pero significativa inscripción, puesta por Larrañaga:

Mi padre y mi madre
Me arrojan de sí,
La piedad divina
Me recibe aquí.

La fundación de un establecimiento de este género evitaba á la sociedad el doloroso espectáculo de criaturas recién nacidas arrojadas á las puertas de los templos, ex-

puestas en los umbrales de las casas particulares, ó expresamente escondidas en los huecos de la ciudad, en donde solían sucumbir víctimas de las inclemencias del tiempo, faltas de alimentación ó privadas de todo cuidado, cuando los sentimientos caritativos de las personas que las percibían, llegaban demasiado tarde para arrancarlas á las garras de la muerte. La creación de la *lotería de caridad*, expresamente instituída para el sostenimiento del Asilo de expósitos, completó la obra de su fundador.

Como Pérez Castellanos y otros inteligentes sacerdotes con que ha contado y cuenta la República, Larrañaga se dedicó á estudios científicos, los cuales le valieron que fuera reputado como un verdadero sabio, pues no sólo se inclinó á la astronomía, la etnología, la agricultura y la historia natural, sino que, merced á su dedicación y á los varios idiomas que poseía, llegó á encontrar los primeros vestigios del enorme *Tatú, armadillo fósil ó megaterio*, determinando su estructura.

Redactó también unos apuntes de botánica, descubrió multitud de plantas indígenas y formó un herbario de gran valor cientí-

fico, para lo cual tuvo que hacer frecuentes viajes á la campaña, de donde venía trayendo numerosos ejemplares de aves, insectos, muestras de minerales y gran acopio de plantas medicinales y de aplicación á la industria.

A causa del uso excesivo del microscopio contrajo una grave dolencia, que concluyó por hacerle perder totalmente la vista, siendo impotentes los recursos de la ciencia para evitarle tan eminente desgracia. El 16 de Febrero de 1848 falleció en su quinta del Miguelete, á la edad de 77 años, dejando hue-lla profunda de sus virtudes y de su talento, que todos admiran y muy pocos igualan.





JOAQUÍN SUÁREZ.

1781-1868.

Dicen los historiadores que la honradez acrisolada de don Bernardo Suárez, su discreto desprendimiento, su genio benévolo y carácter simpático, hacían que su hogar doméstico fuese lo más apropiado para el feliz desarrollo de las dotes del joven don Joaquín; «y de él salió éste para entrar en la batalla de la vida, con el cuerpo sano, el espíritu recto y generoso, con la voluntad firme y decidida para servir á las ideas morales y á los propósitos virtuosos que le eran innatos y que había podido amar y venerar en la casa paterna.»

Convulsionada la campaña oriental por el movimiento patriótico de 1811, Suárez fué de los primeros en tomar las armas á fin de secundar las ideas y propósitos del General Artigas, á quien acompañó en los memorables encuentros de San José y las Pie-

dras para pasar inmediatamente á la comandancia militar de Canelones, desempeñándola hasta que producida la contienda entre argentinos y orientales, Suárez se retiró por no querer tomar parte en una guerra que conceptuaba civil. Ésta es la primera etapa de su vida política.

Más tarde (1816) tuvo lugar la invasión portuguesa, á la que combatió Suárez, no omitiendo sacrificio de ningún género, con objeto de que el Cabildo, del cual era miembro, enviase á las tropas fieles á la causa de la libertad, todos los elementos bélicos que fuesen necesarios al triunfo de Artigas y los suyos. Pero, la expatriación de éste y la inevitable dominación extranjera, alejaron á Suárez, manteniéndose retirado y mudo, cual si protestase con su silencio y retraimiento contra la intromisión de un poder extraño en asuntos que era del resorte de los orientales ventilar.

Cuando Lavalleja paseaba triunfante por los campos de la República la enseña de los Treinta y Tres, Suárez cooperó con dinero é influencia al éxito de tan patriótica empresa, lo que le valió el ser elegido Representante

por la Florida y luego Gobernador de la Provincia; siendo uno de sus actos previos, declarar que, consecuente con sus principios, el gobierno adoptaba el sistema de la publicidad; sistema inherente á toda democracia honesta, pero del cual se olvidan con harta frecuencia los gobernantes, como si el pueblo no tuviese derecho á conocer hasta en sus más recónditos pormenores el manejo de la administración pública.

En esta misma época se dictaron medidas eficaces para hacer real y verdadera la seguridad individual, comprometida por los abusos de ciertos jefes militares, que arrastraban á los cuarteles á individuos que se hallaban sometidos al fallo de la justicia ordinaria; se organizó ésta en todos sus grados, desde los Juzgados de Paz hasta el Tribunal Superior; se creó la Contaduría; se dictó la ley de libertad de imprenta; se fundó una Dirección General de Escuelas, y finalmente, se garantizó la inviolabilidad parlamentaria; se formuló el primer presupuesto, y se llevaron á cabo, con aplauso siempre creciente, otras muchas reformas desconocidas hasta aquella fecha.

La independencia de Suárez y su entereza

de carácter se demuestran en su actitud para con Lavalleja, quien, habiendo ultrapasado sus atribuciones, fué observado por el primero, lo que produjo un rompimiento entre el elemento militar y la autoridad legítimamente constituída, que dió por resultado que la Junta fuese disuelta y que Suárez, ante la fuerza material, se volviese serenamente á la vida privada, de donde fué sacado en 1828 para ocupar el mismo puesto.

En el breve período de este gobierno tuvo el honor de poner su firma en las leyes que crearon la escarapela y el pabellón de la nueva República.

Constituído el país, diéronle un asiento en la primera legislatura nacional y fué ministro de gobierno y de la guerra; pero, dice Lamas, incapaz de subordinar los intereses públicos á las exigencias y á los cálculos egoístas de los amigos políticos, dimitió el cargo, retirándose nuevamente á su hogar, lo que lo alejó de la lucha ardiente y personal que produjo en 1832 la primera perturbación de nuestro orden constitucional.

En 1842 la invasión de las huestes rosistas lo halló en la presidencia, pero desmorali-

zado el país, diezmado el ejército, desconceptuado su jefe principal, el Estado sin recursos, la propiedad privada en ruinas, los arsenales desprovistos, ¿cómo oponerse á la resistencia? No obstante, Suárez, patrióticamente secundado por don Santiago Vázquez, Melchor Pacheco, Francisco F. Muñoz y otros, emprendió la ardua tarea de prepararse para la defensa.

Principióse por separar del mando á varios jefes militares tenidos por sospechosos, se enajenaron las rentas de la Aduana á fin de atender con su producto á las necesidades de la guerra; se aumentó el ejército con negros recientemente salidos de la esclavitud y con policías indisciplinadas é ineptas; se arrancaron los viejos cañones de fierro de la época colonial, que servían de postes en las calles de la ciudad, de los que muchos resultaron utilizables, y apenas si con todo esto logróse reunir 4.000 hombres para oponerse á los 14.000 de Rosas, que ya campaban por el territorio nacional.

Como puede comprenderse, el sacrificio de Suárez era admirable, puesto que, anciano ya, exponía sus cuantiosos bienes, su tranquili-

dad y su vida, en una aventura que podría imponerle los mayores peligros y las más tremendas responsabilidades, pero la actitud de aquel venerable prócer de la defensa retempló los ánimos, hizo dadivoso al tacaño, resuelto al pusilánime y patriota al egoísta, adquiriendo todos altísimo temple cívico.

Este cuadro de abnegación lo dibuja admirablemente don Andrés Lamas, en esta forma: «Cada uno de los nuestros, nacionales ó extranjeros, sabía por qué tenía las armas en la mano, por qué peleaba, por qué daba ó recibía la muerte. El oriental, por la independencia y la libertad de su patria; el argentino por la libertad de la suya; el negro por su título y derecho de hombre que acababa de serle devuelto; el europeo por el derecho humano y social, por el derecho de entrar y salir en esta tierra americana, de navegar y comerciar por estas aguas, de ejercer libremente sus industrias lícitas, de adquirir bienes con su trabajo, y de conservar y transmitir lo que adquiriese.»

A este supremo esfuerzo se asociaron las legiones italiana y francesa, la primera al mando de Garibaldi, la segunda bajo la direc-

ción del arrojado coronel Tiebaud. En cuanto á los españoles, como carecían de autoridad consular, eran considerados como orientales, y unos peleaban con Oribe y los más rodearon al gobierno de la Defensa; y fué tal el entusiasmo de franceses é italianos, que cuando por los Ministros de sus respectivos países se les invitó á deponer las armas, contestaron éstos que morirían antes que abandonar la causa que habían abrazado. Respecto de los franceses, fueron amenazados de perder su nacionalidad si continuaban prestando su concurso al gobierno, pero optaron por seguir combatiendo por la libertad.

Terminó por fin aquella epopeya, no sin sangre, desolación y ruinas, y al efectuarse la nueva elección, el Presidente de la Defensa entregó el mando á un ciudadano que se encontraba en las filas del partido contrario; hecho que prueba «que la resistencia de Montevideo puede y debe ser aceptada por todos los orientales, como la expresión y el triunfo de la independencia nacional, pues nacional es su gloria, como nacionales fueron sus medios y sus resultados.»

Don Joaquín Suárez fué respetado aun por

parte de sus propios enemigos políticos, porque su virtud como hombre era evidente, inmaculado su patriotismo como ciudadano, notorio su desprendimiento, y tan probada su bondad, que «la misma calumnia y la injuria que persiguen y acompañan á los hombres públicos enmudecía en su presencia, perdiéndose bajo el polvo de sus pies.»





JUAN ANTONIO LAVALLEJA.

1786-1853.

Don Juan Antonio Lavalleja, el Jefe de los Treinta y Tres, el que vino á realizar grandes destinos históricos en la República Oriental del Uruguay, nació en Minas el año 1786, siendo hijo de uno de los primeros pobladores de esta villa, sin disputa la más pintoresca de todas las de la campaña.

Sus primeros años juveniles los pasó secundando al autor de sus días en la dirección de los trabajos de campo, los que abandonó tan pronto como surgieron los primeros patriotas orientales que, acaudillados por Artigas, se lanzaron el año 11 á la revolución contra la madre patria, cifrando el éxito de la contienda más en la bondad de su causa, que en los mezquinos elementos de que disponían para hacerla triunfar.

Con ellos militó como oficial, distinguiéndose por su bizarría en la memorable bata-

lla de las Piedras, cuyos resultados fueron decisivos; y terminada la dominación española continuó fiel á la bandera del jefe de los orientales, cuando las desavenencias entre éstos y los argentinos mancharon el territorio americano con fratricida sangre.

Invadido el país por los portugueses, el año 1816, Lavalleja fué uno de los bravos que más hostilizaron al enemigo, siendo siempre su sombra durante aquella contienda en que hubo prolongados asedios, persecuciones tenaces y cruentos combates.

Como suele suceder, no siempre la suerte de las armas favoreció la causa americana, pero la fe y decisión de Lavalleja no se debilitaron nunca, ni por los peligros, ni por los reveses: sin tener para nada en cuenta cuál podría ser el resultado de la guerra, ni recapacitar en el número de los enemigos, luchó continuamente con tanta valentía y entusiasmo, que de él podríamos decir con el poeta, *qué antes se cansó su espada que su brazo.*

Tan temerario como intrépido, se separa cierto día del grueso del ejército sin más acompañantes que tres ó cuatro hombres, cuando

cae sobre él un grupo de enemigos apoderándose de su persona, no sin antes hacer brillar su espada, con la que trata de abrirse paso, aunque inútilmente.

La fama de Lavalleja estaba ya en aquel entonces bastante divulgada, para que no trataran sus contrarios de ponerlo á buen recaudo, de manera que lo remitieron á Río Janeiro, confinándolo á una especie de pontón que hacía las veces de cárcel.

Mediaron influencias á su favor, y un día el Príncipe, le hizo conducir á su presencia, insinuándole que, si gustaba, ínterin no se tranquilizase su país, podía retirarse á Norte-América á donde se le pasaría el sueldo de Coronel; pero el patriota Lavalleja agradeció la oferta del Emperador, sin aceptarla, manifestándole que «prefería seguir la suerte de sus compañeros de infortunio;» actitud que agradó tanto al Regente, que desde entonces no sólo le dispensó todo género de consideraciones, sino que frecuentó su trato con bastante asiduidad, aunque reteniéndolo en su poder hasta que el territorio oriental, convertido en Provincia Cisplatina, se adhirió al Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarbes.

Ya en su patria, trató de que ésta se sustrajera á la dominación portuguesa, con cuyo objeto promovió reuniones tendentes á sublevar la campaña, pero no pudo lograr lo que deseaba, pues descubiertos sus planes, lo persiguieron, sus bienes fueron embargados y tuvo que emigrar á la República Argentina y en ella trabajar humildemente para ganar lo necesario á su subsistencia.

¿Cómo nació en la mente de don Juan Antonio Lavalleja la idea de libertar á su patria de la dominación extranjera? Punto es éste digno de ser minuciosamente conocido, pues da la medida de su firmeza de propósitos y entereza de carácter. Séanos, pues, lícito traerlo á colación, dejando que lo relate el respetable y viejo cronista de las glorias orientales, don Isidoro De-María.

«El triunfo de Ayacucho acababa de poner el sello á la independencia americana. Todos los pueblos de nuestra habla del continente eran libres. Sólo la Provincia Oriental estaba sujeta á una dominación extranjera. En medio del subido entusiasmo con que se celebraba en Buenos Aires la victoria de Ayacucho, se reunieron un día unos cuantos patriotas orien-

tales á festejarla con Lavalleya en el saladero de Barracas. Éste vuelve la vista á su patria y deplora su esclavitud. Cruza por su imaginación la idea de libertarla, y manifiesta con varonil acento su disposición de abordar la empresa si lo apoyasen. Sus compañeros y amigos presentes acogen la idea con entusiasmo, y desde aquel momento contraen el compromiso reservado de poner manos á la obra santa de la redención de la patria. Siete hombres abnegados lo contraen y conciertan los medios de reunirse secretamente é iniciar á algunas personas más de su íntima confianza en el pensamiento, para trabajar en el sentido de realizarlo.»

Nuevas reuniones, repetidos acuerdos, asidua correspondencia, prolijas investigaciones y escasos recursos dan remate á la obra preliminar que muchos considerarían descabellada por lo irrealizable; y el 19 de Abril de 1825 Lavalleya y treinta y dos patriotas más desembarcan en la hermosa playa de la Agraciada, desplegando al viento aquella bandera celeste, blanca y roja, bajo cuyos pliegues corrieron presurosos á cobijarse cuantos con heroísmo espartano optaban por la libertad ó por la muerte.

Multitud de no interrumpidos triunfos esperaban á Lavalleja desde los primeros encuentros con las gentes que se conservaron fieles al gobierno de Montevideo, pues como el jefe de los Treinta y Tres procediese con actividad en la organización de su columna, ésta se convirtió en un ejército compuesto de varias divisiones, que tenían enjaque á las fuerzas enemigas en diversos puntos del territorio simultáneamente.

Por fin, la suerte de la patria se decidió de un modo definitivo en los memorables campos del Sarandí, en que los libertadores con 2.500 hombres y los usurpadores con 3.000 se lanzaron á la pelea, al grito supremo de *Sable en mano y carabina á la espalda* dado por Lavalleja, quien en tal heroica acción cubrióse de gloria, escribió con indelebles caracteres la página más brillante de la historia militar de la República y consolidó á perpetuidad la independencia del territorio oriental.

A esta victoria se sucedieron otras muchas, que dieron á comprender al Brasil que había llegado la hora de cesar en el dominio de la Provincia Cisplatina, y ajustóse un tra-

tado por el que argentinos y brasileros reconocían la soberanía de la Nación.

Cierto que una serie de lamentables equivocaciones indujeron más tarde á Lavalleja á disolver la sala de Representantes y derrocar el gobierno legalmente constituído, empañando con estos actos la purísima gloria de su nombre y haciendo sentir á la patria las agudas congojas de la anarquía en los albores de su vida constitucional; pero no es menos verdad que, cuando en 1853 fué llamado para formar parte del triunvirato, hizo cuanto estuvo en sus manos para borrar la desagradable impresión que su anterior actitud había dejado en el ánimo de la generalidad de sus conciudadanos, armonizando sus esfuerzos con sus demás compañeros de tareas á fin de garantizar la libertad, arraigar la paz y restablecer el orden constitucional; reacción saludable que demuestra la pureza de sus sentimientos; reacción patriótica que llevó al ánimo de todos el convencimiento íntimo de la integridad de sus propósitos; porque cuando después de tantas luchas estériles y de tantas esperanzas defraudadas, sus más encarnizados rivales le tendieron la mano en prenda de unión y

amistad, prueba inequívoca es de que si no siempre su actitud fué correcta, débese tal vez á la abundancia de malos consejeros y no á ambiciones bastardas que jamás albergó su pecho generoso.

La personalidad del General Lavalleja ha sido bastante controvertida, y sus actos como ciudadano han dado margen á numerosas polémicas; pero á medida que transcurren los años, el juicio imparcial de la historia viene abriéndose paso á través de las densas nieblas con que el criterio de la pasión partidista suele envolver las figuras más resaltantes de la sociedad.

De cualquier modo que sea, los errores que pudo cometer este valiente y decidido campeón de las libertades públicas desaparecen completamente ante su temeraria acción, de arriesgarse á desafiar las iras de un coloso y conquistar para la patria oriental un puesto en el concierto universal de las naciones.





FRUCTUOSO RIVERA.

1788 - 1854.

No corresponde á la índole de estos perfiles biográficos, estudiar la personalidad del General Rivera en sus diversos caracteres de patriota, caudillo, gobernante y jefe de partido, pues de hacerlo así, las páginas de la presente obrita serían escasas para relatar sus vicisitudes y peripecias, sus triunfos no aminorados por alguno que otro contratiempo, y sus méritos, que no fueron suficientes á empañar ciertos errores de los que no están exentos aquellos héroes de la humanidad que cuentan con una larga existencia militar y política. Tomaremos, pues, de su vida todo lo que nos sirva para formarnos un juicio aproximado de sus ideas y sentimientos, prescindiendo de las opiniones exaltadas de sus enemigos y de los extravíos apasionados de sus parciales. Este justo medio nos llevará al conocimiento de la verdad.

Está fuera de duda que las tres figuras más resaltantes de la época de la Independencia son Artigas, Lavalleja y Rivera, y nadie ha negado á este último la espontaneidad de su actitud cuando, en 1811, formó al lado del primero, siguiéndolo en todas sus campañas, en las que hizo rápidos progresos.

Nuestro héroe no fué un militar de escuela, porque desde niño su carácter era contrario, lo mismo á la sujeción del cuerpo, que á la del espíritu; de modo que los triunfos que obtuvo los debió á otras cualidades personales que poseía, tales como astucia insuperable, bravura denodada y serenidad á toda prueba. Si hubiese conocido el arte de la guerra con la perfección con que lo conocen actualmente nuestros generales, tal vez no habría tenido lugar el desastre de India Muerta.

Constituye un timbre de gloria para Rivera su resuelta actitud contra los usurpadores del territorio nacional, asumida con ejemplar perseverancia durante cuatro largos años, en cuyo lapso de tiempo casi puede decirse que él únicamente mantuvo la lucha, pues descorazonados los demás jefes, fueron separándose

paulatinamente hasta dejarlo solo. Y se sometió á la autoridad del Cabildo, no convencido de su impotencia, sino á solicitud de aquella corporación que invocaba razones de orden público.

Durante este período el ejército de Rivera no excedió de dos mil hombres, con los cuales efectuaba marchas vertiginosas, contramarchas inesperadas y numerosas evoluciones que desconcertaban á los contrarios. Tan pronto se le veía frente á los muros de Montevideo como en los montes del Queguay, ya batiendo al enemigo en Guayabos, bien efectuando aquel famoso movimiento estratégico del Rabón, en que con 600 hombres se batió en retirada durante doce leguas contra un ejército de dos mil soldados mejor disciplinados y más aguerridos que el puñado de valientes que tenía bajo su mando. Esto demuestra que era más guerrillero que militar y que, como Napoleón I, conocía la importancia de los ejércitos reducidos para guerras de recursos como la que sostenían los orientales.

Llegó el año 25 y con él la pasada de los Treinta y Tres acaudillados por el intrépido Lavalleja; á cuyo movimiento se adhi-

rió Rivera, no persiguiendo á los revolucionarios, como se le había ordenado, sino apartándose de ellos, á cuyo efecto, en vez de dirigirse á las costas del Uruguay, encaminóse estudiadamente hacia el corazón de la campaña, dando así tiempo á los patriotas para que se organizaran y sus fuerzas fuesen en aumento.

A los diez días del desembarque de los Treinta y Tres, Rivera, ya general en aquella fecha, era su prisionero, « pero prisionero que se recibió en brazos de sus compañeros, apenas se cambiaron las primeras palabras, » ofreciéndose incondicionalmente á Lavalleja para secundarlo en sus patrióticos propósitos y compartir con él los riesgos que entrañaba aquella aventura y las glorias ó sinsabores que pudiese reportarles.

Los hechos vinieron á justificar en breve la buena fe con que procedía el General don Fructuoso Rivera, patentizándola en el famoso combate del Rincón de las Gallinas, donde rodeado casi por todas partes de las aguas de los ríos Uruguay y Negro, y cerrado el paso por 800 enemigos, apeló á una de esas decisiones rápidas y audaces que eran tan pe-

culiares en el valiente guerrillero oriental, para salvarse y salvar á su gente, cuyo número no excedía de 250 hombres.

Espera al enemigo en la misma garganta del Rincón, y en cuanto aquél se aproxima, prorrumpe en el grito de *á la carga*, cayendo sobre los brasileiros con tanta impetuosidad, que la caballería se dispersó, los muertos y heridos fueron muchos, muchos también los prisioneros y espléndido el botín que se obtuvo de este triunfo, uno de los más gloriosos que registra la historia de la República y del cual se vanaglorian los orientales con razón más que sobrada.

Éste y otros desastres sufridos por las tropas del Imperio, decidieron á los brasileiros á poner á precio las cabezas de Rivera y de Lavalleja, ofreciendo por la del primero dos mil pesos y mil quinientos por la del segundo.

No había terminado aún la completa independencia del territorio uruguayo, cuando surgieron graves desavenencias entre Lavalleja y Rivera, que obligaron á éste á emigrar á Santa Fé, donde se encontraba cuando se libró orden de prenderlo y perseguirlo como traidor á la patria; estigma infamante al que

respondió invadiendo con sesenta hombres el territorio de Misiones, apoderándose de él en menos de veinte días, y haciendo tremolar victoriosa la bandera republicana. Quien así procede no es humanamente posible que sea traidor.

«La toma de Misiones, dice el biógrafo de Rivera, fué un gran suceso para la República, y una señaladísima victoria. Inspiración y obra del General Rivera, como la empresa legendaria de los Treinta y Tres lo había sido del General Lavalleja, era una gloria exclusiva suya, una gran gloria con que vengaba la injusticia de sus detractores venciendo en Misiones, y cuya importancia revela una anécdota del tiempo.

«Se veían en el consejo del Emperador los despachos del Presidente de la Cisplatina, en que anunciando las discordias de los principales jefes orientales, y exagerando sus consecuencias, predecía la disolución de las fuerzas republicanas y el próximo triunfo de la causa imperial. Las esperanzas renacieron. Pero algunas horas después, se leyeron otros despachos en que se daba cuenta de la ocupación de los pueblos de Misiones por el

General Rivera, y el Emperador dijo á sus consejeros:—Con otra nueva discordia de los jefes orientales, se vienen hasta Puerto Alegre. Es preciso hacer la paz.»

Con hazaña tan increíble, que recuerda las no menos portentosas de Roger de Flor en Grecia, se conquistó Rivera una reputación de primer caudillo, cesó el sufrimiento moral á que veíase condenado, y sus sacrificios y fatigas obtuvieron merecida compensación, pues conquistada la independendencia nacional y organizado el país, éste lo elevó á la primera Presidencia constitucional.

Hizo en ella un gobierno liberal, tolerante é ilustrado, y al amparo de las nuevas instituciones, la libertad y el orden recobraron su imperio, el comercio aumentó prodigiosamente y la emigración europea empezó á afluir al nuevo Estado, cuyo esplendor habría sido más rápido si el General Rivera se hubiese preocupado de la parte rentística de igual manera que atendió las demás ramas de la administración pública.

Próximo á terminar el período legal de su Presidencia, divulgóse el rumor de que aspiraba á perpetuarse en ella, pero nada justi-

ficó sospecha tan infundada, pues llegado que fué el día de declinar el mando, cumplió religiosamente con el precepto constitucional, dando así una lección de severo civismo y un ejemplo de sumisión á las leyes, que por desgracia no imitaron todos los magistrados que le sucedieron.

Poco tiempo después, sin embargo, Rivera se lanzaba á la revolución contra el poder legal de don Manuel Oribe, y abierto el camino de la resistencia á mano armada, el país vió con dolor cómo sus hijos sucumbían en medio de luchas intestinas, en que alternativamente la victoria era para los revolucionarios y para las tropas del gobierno.

Tan largo como fatal para los intereses y el porvenir político de la República fué este luctuoso período, en que representan papeles tan significativos Rivera y Oribe; y hasta la independendencia de la nacionalidad habría peligrado, á no convencerse este último de que su permanencia en el mando era un obstáculo poderoso para la tranquilidad que tanto necesitaba el Estado Oriental.

Aceptada la dimisión de Oribe, y renacida la paz, el General don Fructuoso Rivera hizo

su entrada triunfal en Montevideo, donde fué recibido con gran entusiasmo por las autoridades y el pueblo, asumiendo inmediatamente el poder público, que convirtió en poder discrecional, pues suspendió las prerrogativas constitucionales; si bien este estado anómalo apenas duró un mes, en virtud de llamar á comicios en la época establecida por las leyes.

Reelegido Presidente, se produjo como corolario la invasión de las tropas de Rosas, compuestas de más de cinco mil hombres, al mando de Echagüe, ejército que fué derrotado en los históricos campos de Cagancha por las armas de la República, admirablemente dirigidas por el General Rivera, que una vez más demostró en ese lance su valor y serenidad.

Desde esta fecha en adelante el brillo del caudillo oriental empieza á apagarse rápidamente. Pasa á Entre-Ríos en persecución de las fuerzas subordinadas á Rosas, y allí la suerte le es adversa. Vuelve al patrio suelo, sostiene luchas desiguales, y es vencido en la batalla de India Muerta, teniendo que trasladarse á Río Janeiro, donde las autoridades

lo detienen. Deportado al Paraguay, viene á Montevideo de paso para la Asunción, pero con el propósito deliberado de obtener que se anule la orden de destierro, lo que no consigue, si bien la fuerza de los acontecimientos le abre de nuevo las puertas de la tierra natal y otra vez se le confía el mando en jefe del ejército.

Este triunfo es, sin embargo, efímero, por cuanto la opinión pública empezaba á mostrarse hostil á Rivera, y éste tal vez demasiado pedigüeño: de aquí mutuas resistencias, embozadas desconfianzas, cargos recíprocos y resentimientos de todo género, que dieron por resultado su destitución del mando y nuevo extrañamiento al Brasil, en donde experimentó no escasas privaciones en la fortaleza de Santa Cruz, que le servía de cárcel.

Por fin, el año 1852, después de la caída de Rosas y de la elección presidencial, se le levantó el destierro, y encontrándose en Yaguarón el año siguiente, se produjeron los sucesos que lo habrían llevado una vez más á las alturas del poder, si la muerte no lo hubiese sorprendido en el Departamento de Cerro-Largo. «Venía en marcha, cuando un

ataque de pulmonía lo postró en los Conventos. Allí le rodearon en triste lecho con profundo desconsuelo algunos de sus antiguos y fieles compañeros de trabajos, prodigándole sus cuidados; pero todo fué en vano: la luz de aquella existencia tan trabajada por los sufrimientos físicos y morales se extinguía por instantes, hasta que en la mañana del 13 de Enero de 1854 expiró en brazos de sus amigos, entregando su espíritu al Creador.»

Las peripecias de la vida de Rivera, su indómito valor, bien demostrado en el Ibicuí, las proezas que su serenidad realizó en Cagancha, la toma de las Misiones, parecerían fábulas si no fuesen hechos que tienen su justificada comprobación.





SANTIAGO VÁZQUEZ.

1788 - 1847.

La impresión que produce el conocimiento de la vida de este notable personaje es una mezcla de admiración y de extrañeza, pues no se comprende que con la deficiente enseñanza que recibió de sus mentores llegase á desempeñar un papel tan importante y significativo en el escenario político de la República.

Y no fué solamente en esta esfera donde brilló por sus grandes cualidades, sino que, como orador, diplomático y publicista, rayó tan alto, que nadie le igualó en sus tiempos.

Cierto que la naturaleza lo había dotado de una inteligencia privilegiada, que conservó potente y diáfana hasta los últimos momentos de su vida, y que el talento que poseía permitíale dominar los acontecimientos, vislumbrar su resultado definitivo y juzgar con criterio muy superior las acciones humanas; mas cierto es también que estas facultades

necesitaban haber sido desarrolladas con método desde la infancia, y que don Santiago Vázquez sólo las cultivó con la meditación y las robusteció con la experiencia.

Así, pues, si como político influyó tanto en los destinos de su patria; si como periodista lo fué consumado; si como diplomático los documentos oficiales por él redactados llamaban la atención de las cancillerías extranjeras; si como tribuno conmovía y convencía, reuniendo, por lo tanto, las dos cualidades esencialísimas para llegar á ser verdadero orador, á él solo lo debía, pues los estudios sobre retórica, filosofía y teología hechos en Buenos Aires eran demasiado elementales para formar una cabeza tan aventajada como la de nuestro biografiado.

Á estas dotes intelectuales debemos citar otras, que servirán para dárnoslo á conocer de una manera más concluyente. Carácter íntegro, su temperamento inflexible, sus energías inquebrantables y su bien templado espíritu lo hicieron querido y necesario en todas las épocas de su procelosa vida política. Además, las patrióticas ideas que lo distinguieron desde niño, permitíanle desdeñar las

críticas de que pudiera ser objeto, de modo que su mayor fuerza estribaba en la tranquilidad de su conciencia y el respeto de sí mismo.

Que el patriotismo se anidó en el pecho de don Santiago Vázquez siendo este muy joven aún, lo justifica el presentarse al General Artigas cuando la plaza de Montevideo sufrió el primer sitio en el año 1811, si bien al poco tiempo los sucesos lo llevaron á Buenos Aires, donde gracias á sus aptitudes y á sus numerosas y selectas relaciones, desempeñó diferentes cargos, de los que obtuvo más honor merecido que provecho no buscado.

Sobrevino después cierta época, en que habría sido inútil abordar con éxito empresa política de ningún género; pero aun de esos parentesis históricos que suelen encontrarse en la vida de los pueblos, sacó partido Vázquez, formando parte de la sociedad secreta denominada « Caballeros Orientales », cuyo propósito era mantener vivo el fuego del patriotismo y esperar días menos aciagos para la causa de la independencia del territorio.

Con posterioridad á este período de tiempo, hizo sus primeras armas como publicista de-

fensor de la causa beral, de la que no se abrazó con la ciega fe del sectario, sino convencido de que la semilla de una propaganda razonada y persistente como la que él hizo, tendría que dar en tiempo nada lejano el fruto que ambicionaban los émulos de Artigas.

Sus esperanzas se convirtieron en hechos con la independencia del Uruguay, y elegido diputado tomó parte activísima en la sanción de la Carta Fundamental. Á la discusión de esta ley aportó el poderoso contingente de su delicado tino y de su inmenso talento, y tanto en este congreso como en otros de los que formó parte, demostró que la cultura de la palabra no está reñida con la exposición de los principios más democráticos. Las Cámaras saludaban en él al orador de gran talla, al jurisperito discreto y al ciudadano de carácter recto. En cuanto al pueblo, con esa intuición de que está dotado, lo consideró desde luego como uno de los hombres públicos más importantes y de más brillante porvenir.

Así lo demostró cuando en 1831 fué llamado por el General Rivera para confiarle

las carteras de Gobierno y Relaciones Exteriores, en cuyo desempeño se reveló como estadista. Tal vez acibararon su existencia los desencantos y disgustos experimentados durante su carrera de hombre de gobierno, pues lo fué en momentos en que chocaban las más encontradas pasiones y en que el lenguaje procaz de la prensa destronó la cultura y la moderación de la palabra hablada; época de injuria y diatriba, de calumnia é insulto, de la que desgraciadamente no pudieron sustraerse los partidarios de uno ni otro bando: ¡tanto ciega la pasión política!

Á pesar de ello, tuvo suficiente sangre fría para sobreponerse á este cúmulo de miserias humanas, y celoso de su misión, prefirió continuar siendo el blanco de las iras de los enemigos del gabinete á apelar á los infinitos medios de que pudiera haberse valido, dentro de la legalidad, para castigar severamente á sus contrarios ó sellar los labios de los más audaces. El desenfreno del periodismo fué tan alarmante, que el Cuerpo Legislativo vióse obligado á recomendar á los escritores la cordura que había desaparecido de la prensa y el cumplimiento de la moral, cuyos preceptos eran materia muerta para la generalidad.

Otro rasgo de delicadeza de don Santiago Vázquez lo encontramos en la emigración al Brasil, arrastrado por su lealtad al General Rivera, de quien posteriormente fué secretario, desempeñando multitud de comisiones y cargos, cuya enumeración sería demasiado prolija.

Cuando Rosas sujetaba por medio de la muerte y el terror á las provincias argentinas y pretendía tiranizar también á la República Oriental, don Santiago Vázquez, comprendiendo cuán próximo y eminente era el peligro que corría la independencia de su patria, proyectó infinidad de medidas salvadoras á fin de contener la invasión del déspota, tales como formar un ejército de reserva, libertar á los esclavos, prepararse de un modo serio para la defensa y dirigir un manifiesto enérgico en este sentido; todo lo que fué aceptado en la reunión de notables celebrada con tal motivo.

Triunfante Rosas, invadido el territorio uruguayo por el ejército de vanguardia, quedaba sólo Montevideo como el último baluarte de las libertades del Río de la Plata.

«El tino, —dice De-María, — la habilidad con que en esa época azarosa condujo las rela-

ciones exteriores; su palabra elocuente, la fuerza de su lógica y la energía de su carácter dominaron más de un conflicto diplomático, allanaron serias dificultades, salvaron la situación de graves complicaciones, y prepararon la intervención anglo-francesa, que vino á robustecer la defensa de Montevideo.

« Mereció por su saber el juicio más honroso de los representantes de las potencias interventoras, que en sus relaciones tuvieron ocasión de valorarlo. Era, sin ningún género de duda, un político profundo, un consumado diplomático, un pensador eminente, que, como decía el Barón Deffaudís, reclamaba otro teatro menos estrecho que el nuestro, para poder desplegar las alas de su vasto y robusto genio. »

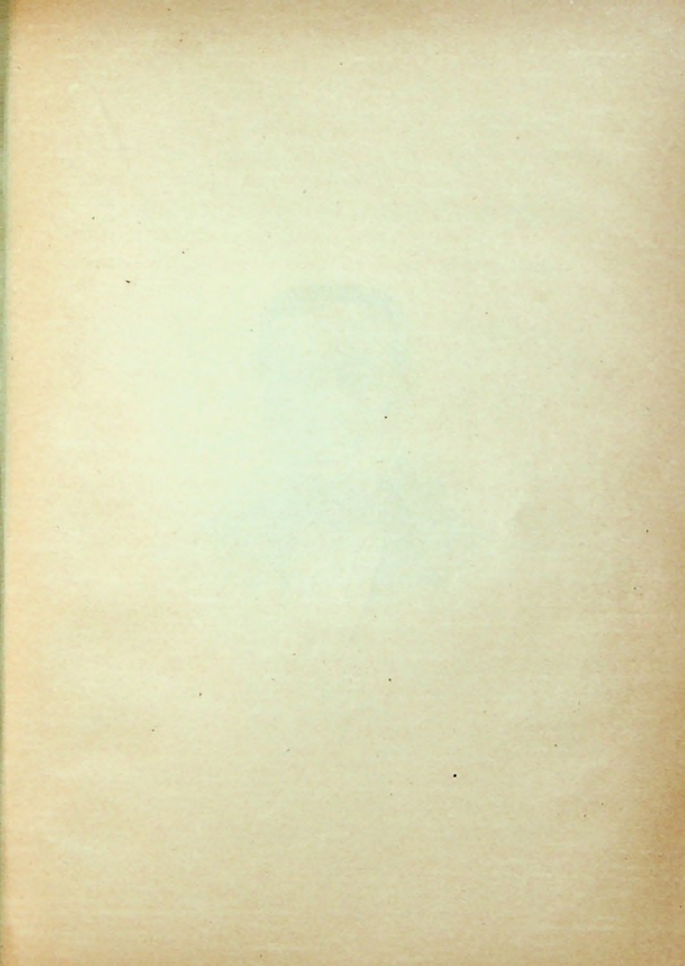
El penoso trabajo que sobre él gravitaba, las luchas que tuvo que sostener multitud de veces en el seno del gabinete, las angustias que experimentó su corazón por salvar la situación, lo postraron en el lecho del dolor, de donde pudo levantarse con *una especie de sombra de vida*, para volver de nuevo á sus habituales tareas, aunque no con las energías de otros tiempos, con la decisión y buena vo-

luntad de siempre, porque según su propia frase, quería que *el último aliento de su vida respirase patria*.

Varias veces intentó dimitir las carteras que el Gobierno había confiado á su patriotismo, inteligencia y laboriosidad, pero nunca le fué aceptada la renuncia, y tuvo que resignarse á continuar colaborando por la salvación de la República, instado por infinidad de personas altamente colocadas en la sociedad.

El año 1846 descendió por fin de las alturas del poder con el desaliento y la amargura en el alma, no sobreviviendo mucho tiempo á su quebranto, pues falleció el 6 de Abril del 47, después de larga y penosa enfermedad.







FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA.

1790 - 1862.

Don Francisco Acuña de Figueroa fué hijo de uno de aquellos nobles españoles que la Metrópoli enviaba á sus colonias para desempeñar las misiones más delicadas y de mayor confianza.

Don Joaquín, que así se llamaba el padre del Quevedo americano, ocupó un rango social elevadísimo en la época de la dominación española, siendo jefe de la Real Hacienda, y durante el gobierno patrio ministro del mismo ramo, lo que demuestra la mucha consideración que á unos y otros inspiraba.

Con medios sobrados para poder educarse esmeradamente, y dotado de una inteligencia privilegiada, supo aprovechar los estudios que hizo en uno de los mejores colegios de Buenos Aires, de donde volvió muy joven, pero con su vocación ya hecha, y bastante arraigadas sus aficiones literarias, que cultivó du-

rante el resto de su larga vida, deslizada apaciblemente entre la política y las letras.

En efecto, Figueroa desempeñó varios cargos en la Administración pública, pues no siempre estuvo al frente de la Biblioteca Nacional, sino que también fué Tesorero General del Estado, miembro de la Asamblea de Notables y del Consejo de Estado durante el sitio, fundador del Instituto Histórico Geográfico, Vocal del de Instrucción Pública, Censor de Teatros, Profesor de varias idiomas, etc., etc., cosechando en estos puestos aplausos y lauros, y captándose las simpatías de todos.

En cuanto á sus condiciones de poeta, dejamos la palabra al celebrado crítico Torres Caicedo, quien juzga á Figueroa en esta forma: « Fecundo y simpático poeta, que supo aliar admirablemente la inspiración y el arte, y cultivar con buen éxito todos los ramos de la poesía, mostrándose ya serio, ya jocoso, preludiando la guitarra del cancionero, el arpa de la elegía, haciendo resonar la trompa épica y vibrar las cuerdas del salterio del salmista. Lírico muchas veces, satírico á menudo, siempre pulido y correcto,

Figuerola es uno de los buenos modelos de la literatura latino-americana, y sus obras no sólo desafían la crítica de los jueces más inflexibles y competentes, sino que pueden ponerse en parangón con las obras más acabadas de los literatos de la Península, aun de los que pertenecieron al siglo de oro de la literatura española.»

Escribió multitud de epigramas de sátira acerada, siendo palmaria demostración de lo que decimos una letrilla de este género titulada *La Curiosa inocente*, cuyo estilo refleja la espontaneidad y carácter del autor, así como la originalidad de su talento.

Su versificación es siempre acabada, los pensamientos elevados en las poesías serias, y muéstrase chistoso y juguetón en lo jocoso, que fué su fuerte. Entre estas travesuras del ingenio de Figuerola citaremos las que resaltan en sus composiciones denominadas *La exaltación del bagre* y *La apología del chcolo*.

Los epigramas brotaban de su pluma con tal soltura y unidad de estilo y tono, que hay quien la coloca al lado de la de Bretón por su malicia y la de Quevedo por su crueldad, aunque lo que más abunda en todas

las composiciones ligeras del vate oriental, es lo ridículo y lo cómico, fundado en aquello que hiere nuestros sentidos por lo chocante, y en lo que llama nuestra atención por el contraste que ofrece. Poseía, además, una pasmosa facilidad para improvisar.

También se muestra verdadero poeta en el género serio: basta leer *La madre africana* para convencerse de que sabía interpretar con arte y talento los sentimientos más tiernos de la mujer. Además, tradujo salmos é himnos bíblicos, en los que si la inspiración escasea, abundan en cambio la armonía y la corrección.

Como poeta descriptivo tiene varias composiciones pintando el amargo trance por que pasó Montevideo el año 1857, en que el tifus y la fiebre amarilla diezaban la ciudad. Este cuadro lo traza Figueroa con gran maestría en sus dos fases: la de la caridad cristiana, que consuela y sirve á la humanidad doliente; y la del egoísmo, que por salvarse con sus tesoros, no titubea en abandonar á su propia familia: contraste que así pone de relieve la abnegación y el sacrificio, como la miseria de alma de ciertos espíritus raquíuticos.

«En la poesía heroica, dice De-María, cantó todo lo grande y sublime, con inspiración patriótica. *El Himno Nacional*, ese canto heroico y entusiasta que no puede oírse sin emoción patriótica, que inflama y conmueve el espíritu, es uno de los vivísimos destellos de su genio, que basta para inmortalizar la memoria del bardo entre los orientales.

«Su corazón palpitaba de gozo y entusiasmo al oír sus estrofas en las festividades cívicas, asomando una lágrima á sus ojos cuando llegaba á su oído aquella voz inspirada que dice:—¡Orientales, la patria ó la tumba!...—¡Libertad, libertad Orientales!—Este grito á la patria salvó.»

«Sí. La memoria de nuestro primer vate es inmortal, imperecedera. Siempre que suene el Himno Nacional—creación sublime de su genio—y el pueblo se coloque de pie, con la cabeza descubierta, para escucharlo, cruzará por la imaginación el recuerdo del vate insignie, y su figura se dibujará al momento en la mente de los que lo conocieron, como nosotros, con su sonrisa apacible, con su frente noble y veneranda, sellada por el genio.»

No es posible que un vate que poseía tan

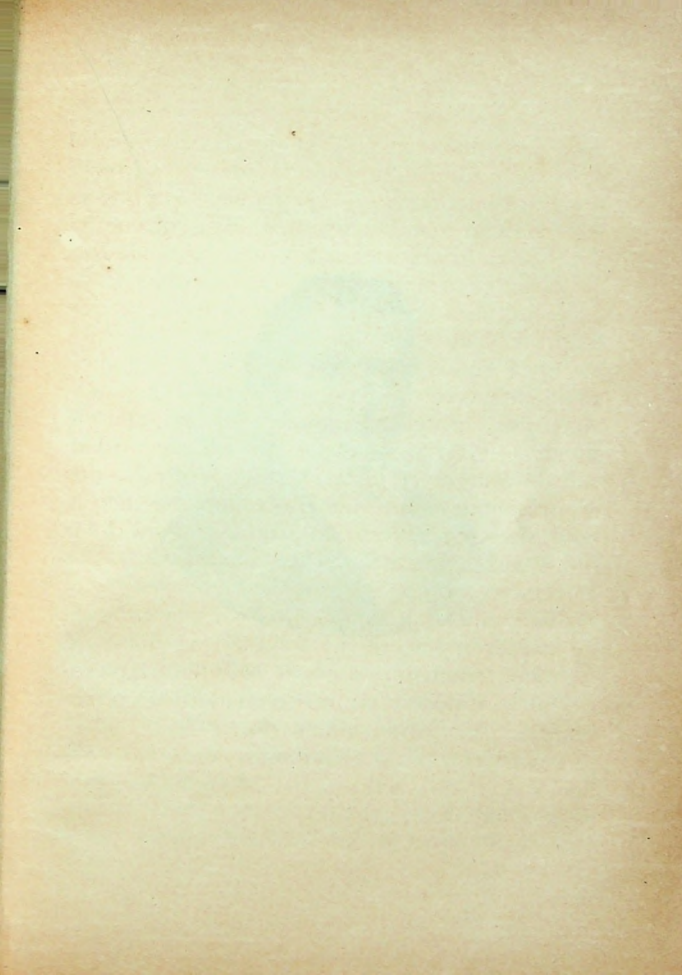
bellas y numerosas cualidades concentrase él solo las múltiples y variadas dotes que sólo podemos encontrar en una pléyade de poetas que cultivan géneros distintos; de aquí que, si bien fecundo, Figueroa no fuese arrebatador; en él había sentimiento, pero no pasión; era correcto, pero no fascinaba; circunstancias que algunos críticos atribuyen á que la lectura de los sesudos clásicos griegos y latinos apriñonó demasiado su potente imaginación. De cualquier modo, su nombre es popular y muchas de sus poesías pasarán á la posteridad.

Por último, la historia y la tradición nos lo presentan como un ciudadano pacífico y honrado, cuya muerte lloraron con igual dolor todos sus compatriotas y cuantos sin serlo lo trataron y conocieron.

Hay quien alega que sus contemporáneos no supieron hacerle justicia, y que debido á este indiferentismo donó á la Biblioteca Nacional veintidós voluminosos cuadernos, correspondientes á otras tantas obras.

Nació el 20 de Septiembre de 1790 y falleció el 6 de Octubre de 1862 á la avanzada edad de 72 años.







LUIS EDUARDO PÉREZ.

¿ - 1841.

Al trazar el perfil biográfico de don Luis Eduardo Pérez, podemos decir, como un escritor moderno, que pocas flores como ésta dan de sí los áridos y agostados campos de la política; por grandísima rareza se ven de vez en cuando resumidas en un solo individuo todas las virtudes que hacen del hombre de Estado un verdadero patriarca: don Luis Eduardo Pérez fué una de esas excepciones.

Nacido en Montevideo, hijo de una familia respetable, recibió la mejor educación que en aquellos tiempos podía adquirirse en el país, y que hizo de él un hombre culto, de claro sentido práctico, de bastante penetración, y más que nada, franco de carácter, expansivo en sus tratos é irreprochable en sus costumbres.

Esa clarovidencia de las cosas de qué estaba dotado don Luis Eduardo Pérez, le hizo

emprender un viaje á Europa, en donde completó sus estudios, observando la marcha de los gobiernos del viejo mundo, la organización de sus instituciones, el desenvolvimiento de la política y la actitud de las masas populares. En este sentido no fué, pues, un utopista que se dejara deslumbrar por falaces y engañadoras teorías, ni un visionario que soñase con la realización de proyectos imposibles, sino una cabeza que, aleccionada con lo que vió, supo deducir saludables lecciones en provecho de su país natal.

Vuelto á éste con tanta riqueza de conocimientos prácticos, sus compatriotas tuvieron ocasión de aquilatar su buen sentido con su culto fervoroso á la libertad, la patria y las instituciones, pues fué de los primeros en engrosar las filas de los patriotas que lucharon por resistir la invasión portuguesa, que concluyó por someter á la infortunada Provincia.

Hondo fué entonces el abatimiento moral que se apoderó del espíritu público, y de él participaron en mayor escala aquellos que, como Pérez, por su cultura, instrucción y principios, no dejaban de comprender el peligro inminente que corría esta región americana si

llegaba á echar raíces de predominio el invasor. Estos temores preocuparon en alto grado á sus prohombres, tanto más cuanto que el atolondramiento del golpe recibido y la impotencia en que se encontraban, impedíanles ver cuál era el medio salvador.

« El año 21, bajo la dominación portuguesa, se convocó un congreso extraordinario en que debía resolverse si la Provincia Oriental había de incorporarse al reino de Portugal, y sobre qué bases; ó si, por el contrario, le sería más ventajoso constituirse independiente ó unirse á cualquier otro gobierno, evacuando el territorio las tropas portuguesas. Don Luis Eduardo Pérez tuvo asiento en él como diputado por el Departamento de San José. Bajo la presión de las bayonetas se declaró lo primero, pero los sucesos posteriores evidenciaron que no era ése el sentimiento de su alma, sino un voto arrancado al patriotismo por la fuerza de los acontecimientos. »

Así es, en efecto, porque dos años después, siendo miembro del Cabildo y comprendiendo que las circunstancias eran propicias para trabajar en el sentido de emanciparse, no titubeó en ponerse al frente de la reacción pa-

triótica que se produjo, á cuyo noble propósito consagró todas sus fuerzas, aunque esterilizaron su abnegación acontecimientos que encajan más en el cuadro de la historia que en este diminuto marco biográfico.

Realizado el pasaje de los Treinta y Tres, homérica epopeya digna de corazones valientes y de caracteres decididos como los de Lavalleja y demás compañeros, Pérez, entonces entregado á ocupaciones de intereses en su estancia del Departamento de San José, fué de los primeros en asociarse á causa tan noble y patriótica, llevándolo más tarde los sufragios de sus conciudadanos á la primera legislatura reunida en la Florida, de la que fué Vicepresidente, y en la cual le cupo, por consiguiente, la honra de firmar el acta de la declaración de la independencia, que lleva la fecha de 25 de Agosto de 1825.

Declarados írritos, nulos, disueltos y de ningún valor para siempre todos los actos de incorporación, reconocimientos, aclamaciones y juramentos arrancados á la Provincia Oriental por la violencia de la fuerza unida á la perfidia de los intrusos poderes de Portugal y el Brasil que la habían tiranizado, hollado y

usurpado sus inalienables derechos y sujetá-dola al yugo de un absoluto despotismo desde 1817 á 1825, elevado el país á la categoría de nación libre con la plenitud de todos los derechos, libertades y prerrogativas inherentes á los demás pueblos de la tierra, con amplio poder para darse las formas de gobierno que considerase más adecuadas á sus aspiraciones, tranquilidad y progreso, quedó instalada la Asamblea Constituyente, á la cual también perteneció don Luis Eduardo Pérez: que bien merecía esta muestra de distinción el ciudadano abnegado y probo que siempre fué paladín incansable de todas las buenas causas, con menoscabo de sus intereses y peligro de su vida.

Más tarde fué Senador y Vicepreesidente de la República en ejercicio del Poder Ejecutivo; y esta elevada dignidad desempeñaba cuando le sorprendió la revolución de 1832, en cuya época fué disuelta la Asamblea y el imperio de la espada se sobrepuso al predominio de las leyes.

Después de protestar contra los hechos que habían tenido lugar, se retiró á su estancia, envuelto en el manto del olvido; pero allí

permaneció poco tiempo, pues en breve el país reaccionó, volviendo Pérez á la vida política activa y á ocupar puestos análogos á los que anteriormente había ejercido.

En todos prestó buenos y numerosos servicios; de todos descendió acompañado de la gratitud de sus conciudadanos, y en todos también supo posponer los intereses personales á los de la nación, las desordenadas pasiones individuales al bien de la comunidad.

Ardua fué su tarea, pero la desempeñó con inteligencia y probidad; muchas veces estuvo á prueba su patriotismo, pero demostró poseerlo con actos de abnegación. Reconociéndolo así, y cuando se hallaba en el ocaso de la vida, la Asamblea General le acordó un premio de 10.000 pesos como justa recompensa á sus dilatados servicios.

El 30 de Agosto de 1841 falleció don Luis Eduardo Pérez, decretándole el Gobierno grandes honores. Pocos como él habrá que más y con mayor eficacia hayan intervenido en los destinos de su patria.





ALEJANDRO CHUCARRO.

1793-1884.

Este respetable anciano, cuya vida vamos á poner de relieve en esta obra para que sus actos sirvan de saludable ejemplo á la juventud estudiosa, nació en Guadalupe el año de 1793, siendo descendiente de una familia acomodada del Departamento de Canelones, la que lo dedicó al comercio, hacia cuya carrera demostró desde sus años juveniles inclinaciones que habría seguido, si la patria no hubiese reclamado el concurso de todos sus buenos hijos, entre los cuales lo hallamos en su larga y meritoria vida de ciudadano y de hombre público.

Don Alejandro Chucarro fué uno de los primeros soldados que se presentaron al General Artigas el año de 1811, á quien acompañó en sus empresas militares, sirviéndole con la integridad que siempre caracterizó al último constituyente, y con el entusiasmo que

inspiraba la causa que había abrazado el jefe de los orientales. Su circunspección, cordura y espíritu moderado lo llevaron al Congreso de 1822.

Firmada la paz entre el Brasil y la República Argentina reconociendo la independencia del Estado Oriental, procedióse al nombramiento de una Asamblea Constituyente que dotara al país de la legislación propia que le era necesaria, para regularizar su marcha y entrar de lleno en el ejercicio de las libertades que acababa de conseguir después de repetidos sacrificios y supremos esfuerzos. De esta Asamblea, que formuló la Constitución Política de la República Oriental del Uruguay, formó parte don Alejandro Chucarro como Diputado por el Departamento de Canelones. La estimación de sus conciudadanos le proporcionó, pues, la honra de tomar una parte activa en la formación de ese código excelso, tan venerado por los buenos y desgraciadamente tantas veces escarnecido por la ambición y el desenfreno de unos pocos.

Fué el comisionado que más trabajó en el sentido de restaurar la paz y el sosiego

de la República, cuando Oribe y Rivera se disputaban la dirección de los negocios públicos, siendo uno de los actos del gobierno que sustituyó al primero de los dos caudillos citados, nombrar á don Alejandro Chucarro Ministro General. En 1839 desempeñaba el elevado puesto de Director General de Instrucción Pública, misión que en todas las épocas sólo se ha confiado á los ciudadanos más celosos de la colectividad oriental, dada la delicadeza del cargo y lo complejas de las funciones que le son inherentes.

Ministro de Hacienda en tiempo de Rivera, luego Diputado otra vez, Senador más tarde, miembro del Consejo de Notables durante el sitio de Montevideo, Jefe Supremo de la República como Presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo cuando Flores salió á campaña en 1856, y durante el gobierno del General don Lorenzo Batlle, don Alejandro Chucarro supo siempre cumplir con sus deberes no haciéndose malquerer de nadie, sino, al contrario, aumentando el respeto que infundían su conducta y sus principios, con los cuales fué modelo de consecuencia toda su vida.

« Dificilmente se encontrará una existencia más larga empleada toda ella, desde la adolescencia, en el servicio de la patria, pues en sus últimos tiempos, ocupando una banca en el Senado, aun hizo oír su voz debilitada por la edad, hablando continuamente en nombre de las tradiciones gloriosas de la patria, siendo su palabra escuchada por sus colegas y el pueblo con el respeto religioso con que se escuchan las notas solemnes de nuestro himno nacional. »

Cuando en el recinto de las leyes se trataban asuntos que tuviesen alguna analogía con otros de tiempos pasados, en que él tomara parte, parecía rejuvenecerse é ilustraba la materia con antecedentes, práctica y experiencia, que valían más que todo un cuerpo de doctrina. Los conocimientos que tenía en los negocios públicos lo habilitaban para proceder así; de modo que en la Legislatura había llegado á ser un elemento necesario. Esta circunstancia, unida al respeto que inspiraba su persona, hacían que tanto el pueblo como los gobiernos, de cualquiera fracción política que fuesen, aunaran sus fuerzas para reelegirlo en todos los períodos legislativos.

Su lema era: *todo por la patria, todo por la libertad, todo por el honor*; y aferrado á él lo cumplió estrictamente, sin que alterasen estos sanos principios las turbulencias políticas y sociales por que cruzó, ni las transformaciones y mudanzas de que fué testigo. Sus actos como legislador, como mandatario y como ciudadano, no dejaron tras de sí huellas de desagrado, ni de reproche, ni de censura.

Era tan modesto en todas sus manifestaciones, tan patriarcal su sencillez, tan revestido de excelentes cualidades, tanta su honestidad, que nunca produjo choques, ni turbulencias, ni conflictos: no aspiraba á otra recompensa que al triunfo de sus santos ideales.

Por el hecho de haber votado en 1882 en el sentido de que no había nada reformable en la Constitución del año 30, podría decirse, como hace notar un periodista contemporáneo, que fué dos veces constituyente, ofreciendo el alto ejemplo de dar dos votos iguales con cincuenta años de distancia uno del otro. He aquí por qué lo presentamos como modelo de integridad y consecuencia. Y sobre esto de reformas constitucionales no admitía discusio-

nes: era su más franco opositor, pues no podía concebir que se reformase un Código al que no se daba cumplimiento con toda la rigurosidad que él ambicionaba. «Cumplámoslo bien —decía,— y después sabremos si es ó no bueno; si sirve ó no; si debemos ó no reformarlo.»

Don Alejandro Chucarro era el último recuerdo vivo de aquellas épocas legendarias de la patria, en que el sentimiento era más ingenuo, las ideas más puras, las acciones menos egoístas; y acciones, ideas y sentimientos despojados de ese grosero mercantilismo que viene siendo el rasgo típico de la humanidad en el último tercio del siglo XIX.

Su fallecimiento, acaecido el 12 de Marzo de 1884, dió pie al Gobierno, á la Legislatura, á la prensa y al pueblo, en su más elevada, digna y culta expresión, para honrar con verdadero cariño la memoria de ese viejo patriota, haciendo en su entierro solemnes y elocuentes manifestaciones de duelo y gratitud.

«Pocas veces —decía un periódico,— pocas veces se habrán tributado honores fúnebres tan merecidos, y pocas veces la cuerda del

sentimiento popular habrá vibrado tan acorde, y la opinión de la prensa se habrá manifestado tan unánime, y opositores y gubernistas se habrán confundido en un mismo pensamiento, como ahora que se ha tratado de honrar la memoria de tiempos mejores, en el cadáver del que fué símbolo viviente del civismo y la virtud.

« Nada encontramos más digno que ese tributo de gratitud y veneración que rinden los pueblos á los ilustres muertos, que por sus servicios á la patria y por sus virtudes, dejan en cierto modo de pertenecer á sus familias para formar parte de la gloria nacional y convertirse en ramas del árbol genealógico y nobiliario de todo un pueblo.

« Pero, siempre hemos considerado que no basta dedicar pomposas honras fúnebres, y grandes honores civiles y militares, y levantar fastuosos monumentos á la memoria santa de los que dejaron una estela de heroísmo, de ciencia ó de virtud en su paso sobre la tierra.

« Para los muertos ilustres, cuya memoria queda grabada en la mente y en el corazón de todo un pueblo, la mejor honra fúnebre,

el más bello monumento, la más significativa muestra de gratitud es imitar sus virtudes, es inspirarse en los preceptos de su ciencia, es saber renovar, siempre que las circunstancias lo exijan y la patria lo demande, su abnegación y su heroísmo. »



LUCAS JOSÉ OBES¹.

¿ — 1838.

El Dr. D. Lucas José Obes no nació en territorio oriental, sino argentino, pero desde muy joven simpatizó tanto con Montevideo y sus habitantes, que hizo de esta ciudad la de sus afecciones y predilección, hasta el punto de que, con el transcurso del tiempo, llegó á hacer tanto bien á este país, que hacia donde quiera que dirijamos la vista nos encontramos con muestras materiales de su espíritu esencialmente progresista.

Y si la crónica de la capital de la República registra multitud de veces el nombre del Dr. Obes para ensalzarlo por sus fecundas iniciativas, la historia política de la nacionalidad Oriental posee páginas honrosas para

1. Á pesar de las numerosas gestiones que hemos practicado, nos ha sido imposible conseguir el retrato del doctor don Lucas José Obes, y esto explica que su biografía no vaya exornada con el grabado correspondiente.

Tampoco hemos podido indagar el año de su nacimiento, por cuyo motivo la colocación de su perfil biográfico no guarda en este librito el orden cronológico que se observa en los demás.

el aventajado jurisconsulto, eminente estadista y decidido patriota que más de una vez puso á prueba su civismo por la causa de la democracia, su envidiable sentido práctico como hombre de gobierno, y su competencia y honradez como funcionario público.

Cuando la idea de la emancipación empezó á germinar en la mente de los americanos y el sentimiento de la libertad henchía sus corazones de halagüeñas esperanzas, Obes servía con abnegación tan patriótica idea, lo que le valió ser encarcelado en tiempo del gobernador Elío, quien sin forma de proceso lo desterró á la Habana; procedimiento expeditivo con que la tiranía intenta ahogar en todas las épocas la libertad del pensamiento, ó satisfacer personales venganzas que más reconocen su origen en un mal reprimido despecho, que en la necesidad de restablecer el orden público.

Mudaron las cosas y los hombres, y las afecciones de familia y el desinterés patriótico hicieron que el Dr. Obes volviese á Montevideo y fijase aquí su residencia, pero más de una vez tuvo que sufrir las genialidades de Otorgués, aunque jamás se sometió

á su despotismo, pues no era el carácter de Obes de aquellos que fácilmente se amoldan á pretensiones injustificadas, sino que pertenecía al número de los que presentan esa resistencia pasiva, pero constante y pertinaz, mil veces más difícil de subyugar que aquella otra decidida y bullanguera, que no siempre es la que más conviene al triunfo de una idea.

Vino después la dominación portuguesa, á la que se resignó Obes, no sin protesta, como así lo da á comprender en la exposición que dirigió al Congreso Argentino, con estas sentidas frases: «Pálido espectador de los que habían concebido el propósito de entregar el país á una potencia extranjera para sofocar el germen de federación predicado por Artigas, me sometí como otros á un destino terrible pero inevitable.»

Nombrado Regente del Real Consulado, institución que entre sus variadas facultades tenía la de propender al progreso material del país, promovió la navegación del Río de la Plata y el establecimiento de un faro en la Isla de Flores, como así se efectuó. Sus ideas acerca de la imperiosa necesidad de

fomentar empresas útiles, tan imprescindibles al organismo social como la administración de justicia, el mantenimiento de la fuerza armada y la estabilidad del orden, resaltan en una vista fiscal debida á la férrea lógica del Dr. Obes, quien se expresaba en estos términos: « Ni los colosos, ni las estatuas, ni las batallas, ni las conquistas, ni el bronce, ni los mármoles empleados en profusión, son tan duraderos ni tan elocuentes como estas empresas en que un gobierno, animado por sentimientos de filantropía, derrama sus caudales en alivio del comercio, de la navegación, de la industria y, por consiguiente, de todo lo que en ellas tiene una relación inmediata. »

Consecuente con estas ideas promovió la apertura de los puertos de Maldonado y Colonia; la construcción de caminos que facilitasen las comunicaciones de aquellos pueblos con Montevideo; la fundación de un colegio y venta de terrenos públicos para su renta; una orden para que se reformasen todos los abusos introducidos en la administración de justicia y rentas del Estado; otra para ensanchar el área de Montevideo; y otra, en fin, para que el Síndico propusiese todas las

reformas que creyese más conformes á la opinión y al deseo de los pueblos.

Además, durante su permanencia en Río Janeiro, á donde lo había llevado una delicada misión oficial, fomentó la inmigración, no sólo como medio de poblar los semi-desiertos campos de la República, sino también con objeto de aumentar la producción, y, con generoso desprendimiento, él mismo convirtió su propia quinta en asilo gratuito de inmigrantes, á los que mantenía hasta que hallaban ocupación.

No paran aquí los dilatados y valiosos servicios prestados á su patria adoptiva por el Dr. Lucas José Obes, pues desempeñando las funciones de Fiscal, había propendido á suspender la enajenación de tierras que se quería llevar á cabo á favor de los militares que servían; reglamentó la poda de los montes, aconsejó la organización de las policías rurales, atacó el monopolio, y con un valor inusitado y una entereza de carácter de la que desgraciadamente ofrece escasos ejemplos la historia nacional, denunció los desórdenes del tesoro, pregonó la corrupción de los tribunales, clamó en voz muy alta contra la aparente indolencia del gobierno que dejaba

impunes los crímenes, y no hubo desmán que él callara, ni dejó desacierto sin censura, ni falta sin correctivo.

Con este viril estoicismo y afrontando las iras del extranjero invasor, combatió el período de la dominación brasilera, de modo que el voto de los electores lo condujo rodeado del aura popular á la Asamblea Legislativa del Imperio en representación de la Provincia Oriental, por cuyos intereses abogaba con paternal solicitud cuando se produjo la *pasada* de los Treinta y Tres.

Como es natural, Obes se apresuró á correr en pos de aquellos que habían echado sobre sus hombros la inmensa responsabilidad de luchar por la redención de la patria, pero las autoridades brasileras secuestraron sus intereses é incautáronse de sus propiedades, mientras que el gobierno de Buenos Aires lo retenía en su poder, en donde bien á su pesar tuvo que permanecer hasta el año de 1828, como león enjaulado que se ve impotente para la lucha.

Aumentado el catálogo de los pueblos libres con la República Oriental del Uruguay, llamóse al Dr. Obes para el desempeño de

varios elevados cargos, en los que fué tan inmenso el concurso prestado como merecida la honra que obtuvo. Sus ideas avanzadas, su acrisolada honradez y sus altas vistas políticas lo llevaron de nuevo á la Fiscalía General del Estado, luego al Ministerio de Hacienda, más tarde al de Gobierno, y finalmente al de Relaciones Exteriores, desde el cual tan brillante figura hizo invitando á los gobiernos de Bolivia, Perú y Colombia para tratar en Montevideo el arreglo de límites con el Brasil.

Cuando en 1833 el déspota argentino don Juan Manuel de Rosas se permitió dudar del sentimiento nacional de los orientales, interrogando al gobierno de aquende el Plata sobre cuál sería su actitud con referencia á un plan que se decía intentaba la corte de España para establecer una monarquía borbónica en América, el Dr. Obes replicó por medio de una nota diplomática rechazando con talento, cultura y energía el agravio que se pretendía inferir á esta nacionalidad, y diciendo entre otras cosas: que ningún Código autorizaba al Gobierno Argentino *á ejercer su curiosidad á expensas de la dignidad de sus vecinos.*

Muchos é importantes fueron los servicios prestados por el Dr. Obes fomentando la agricultura, la población y la ganadería. Decretó el valizamiento del Río Uruguay, promovió la limpieza del puerto de Montevideo por medio de dragas, mandó construir balsas que facilitasen el pasaje de los ríos, dispuso que se hiciesen estudios topográficos para delinear caminos, prolongar los existentes y corregir los tortuosos; proyectó la construcción de algunos puentes sobre varios ríos de la República y aun se comenzó el del arroyo del Molino, con objeto de estimular la iniciativa privada á secundarlo en tan utilísima empresa. Pero se cambiaron los hombres y los tiempos, y hoy todavía la construcción de puentes es un problema que permanece irresoluto.

La creación de la Villa del Cerro fué una de sus concepciones, y á él se debe también el ensanche de Montevideo, cuya valorización creciente dimanaba del interés que demostró el Dr. Obes en favor del auge de esta hermosa ciudad. Roto el dique de sus murallas, quería que la población se desarrollase para dar ocupación á millares de brazos, enriquecer el suelo y multiplicar las rentas.

No descuidó este hombre eminente los progresos morales é intelectuales, pues amante de las luces, decretó el establecimiento de bibliotecas ambulantes en los Departamentos del interior, graduó el sueldo de los Preceptores de Instrucción Primaria, estableció en la capital la primera escuela de niñas de color, y autorizó á las Juntas para proveer de útiles á las personas que quisiesen hacerse cargo de la enseñanza por su cuenta, en todos aquellos puntos de la campaña donde se reuniesen 25 alumnos. En fin (y esto constituye para nosotros uno de sus timbres más honrosos), llegada la época de los exámenes, concurría indefectiblemente á estos actos estimulando con su presencia tanto á los Maestros como á los educandos, y aleccionando con el ejemplo de su conducta á los padres de familia.

Hemos dicho que el Dr. Lucas José Obes estaba dotado del mayor buen sentido, formado por la experiencia, guiado por la rectitud é inspirado por la bondad que produce la sabiduría práctica, observación que está perfectamente demostrada con las sensatas reflexiones que él hacía cuando se negaba á

pedir la guerra contra el Brasil, actitud que le valió el apóstrofe de antipatriota: «Señores —decía entonces tratando de sincerarse,— un hombre que ha perdido su fortuna en servicio de la patria, un hombre á quien se ha expatriado y perseguido cruelmente, no puede ser sino un patriota, y yo lo soy tan bueno como el mejor de los que me oyen, y mejor que cualquiera de los que me acusan. Yo no he lucrado con la revolución, no me he aprovechado de sus sacudimientos para tomar lo ajeno, para vengarme de mis enemigos indefensos, ó para conseguir empleos. Se quiere á todo trance la guerra con el Brasil y no tenemos ejército, ni tesoro, ni influencia. Lo que se puede hacer lo sé tan bien como el más avisado de los que me escuchan y el más valiente de los que me censuran.»

Como estadista, ya hemos citado un ejemplo de su experiencia y diplomacia refiriendo la manera decorosa y enérgica por él empleada para sostener la dignidad y los derechos de la República; como político, sus discursos, sus notas y demás documentos oficiales y privados hállanse nutridos de saludable doctrina que acrecentaba su reputación y ates-

tiaguaba la claridad de su juicio; como ciudadano, se mantuvo siempre en la línea recta, lo que daba fuerza moral á sus ideas y proyectos; fuerza moral que era la fuente de todas sus energías; como pensador y literato, revestía sus producciones de formas cultas, sobrias, castizas y expresivas, pero su frase es más tersa y sus pensamientos más elevados cuando dilucida las graves cuestiones que solían hacer peligrar el decoro de la patria y la estabilidad de las instituciones.

La muerte lo sorprendió emigrado en el Brasil, y cuando llegó á esta capital la infausta noticia de su fallecimiento, algunos escritores quisieron pagar el debido tributo á su memoria, aunque en vano, pues los periódicos de la época cerraron sus columnas para toda manifestación de duelo hecha á dicho personaje. Era tanto entonces el encono de los partidos, que hasta se consideraba peligroso para el orden público hablar de los muertos.

Á pesar de este hecho, todos reconocen hoy que el Dr. D. Lucas José Obes fué firme de corazón, rico de espíritu, honrado en sus actos, patriota en sus intenciones y puro en sus principios: de aquí que en el orden moral

sea considerado como un carácter en medio de la sociedad embrionaria de entonces. Y no nos olvidemos de que «el carácter es una de las fuerzas motrices más poderosas que hay en el mundo.»





EUGENIO GARZÓN.

1796 - 1851.

Había sonado la hora de la independencia del continente sud-americano; la revolución acababa de invadirlo, y al grito de patria y libertad las colonias españolas iban sacudiendo el dominio de la Metrópoli, á la manera que el hijo se emancipa de la tutela paterna cuando por su edad se considera con suficientes fuerzas para manejarse según su libre albedrío. Las posesiones que cual ricos florones embellecían la corona de España, lo hicieron así, y juzgándose con sobradas aptitudes para gobernarse por sí solas, rompieron todos los diques, vencieron todos los obstáculos y pronto sobre los restos del antiguo régimen flameó la bandera de la democracia, símbolo del espíritu nuevo y encarnación de tantos principios que la humanidad viene conquistando á costa de la sangre de sus mártires.

Pues á esa lucha titánica asistió Eugenio Garzón cuando apenas contaba quince años, corriendo á alistarse como soldado en una de las fuerzas que el General Artigas ponía en movimiento contra la dominación española; y á pesar de su temprana edad, empezó á distinguirse en los dos sitios de Montevideo, en la rendición de la plaza y entre los vencedores del Cerrito, cuya cumbre quedó empapada con sangre de españoles y americanos.

Al terminar las jornadas de la revolución de Mayo era teniente, y pertenecía á un cuerpo de infantería compuesto de orientales mandados por el Coronel don Manuel Vicente Pagola.

Peleó á las órdenes de Belgrano y Santa Cruz, aunque «en su corazón oriental bullía un sentimiento de entusiasmo por la causa del caudillo heroico que en aquellos momentos defendía el territorio de su patria contra la invasión británica;» pero como no fué lo bastante prudente para guardar silencio respecto de las ideas que sustentaba, no faltó quien lo acusara, así como á otros oficiales orientales, de conspirar en favor de Artigas,

lo que les valió el ser presos y enjuiciados, resolviéndose que pasasen á la campaña del Perú, como así lo efectuaron.

Impotente para cooperar á la defensa del suelo natal, asistió á todos los combates que desde 1820 á 1825, aseguraron la independencia de aquella parte del continente sudamericano. «Organizador, pundonoroso y valiente, contribuyó á dejar bien sentada la reputación del soldado oriental en los territorios y pueblos que hoy forman las Repúblicas de Chile, Perú y Bolivia, habiendo antes militado con honor en los campos del Uruguay y en el interior de la República Argentina.»

Otros combates y otras tantas glorias esperaban al entonces Coronel Garzón. Los Treinta y Tres habían lanzado el grito de redención en los arenales de la Agraciada. El temple y el prestigio de sus armas se habían probado en Rincón y Sarandí. La República Argentina prohiaba la causa de aquella santa insurrección entrando en guerra con el Brasil. Conocedor de estos acontecimientos, el Coronel Garzón pidió su baja y vino á ofrecer sus servicios á la República Argentina, la que los aceptó dándole el mando de un cuerpo de línea.

Terminada la guerra con el Brasil, consagrada solemnemente la independencia oriental, abrióse por desgracia para la República la era de la guerra civil. Tomó parte en ella el Coronel Garzón, pero consideramos fuera de lugar juzgar en este libro su actitud ni como militar ni como ciudadano.

« De 1840 á 1851 — dice uno de sus biógrafos ¹, — permaneció alejado del país al servicio del General Urquiza, gobernador de Entre-Ríos, en donde todavía es muy respetado el nombre del General Garzón. Se le atribuye en gran parte la organización militar que aseguró á esa provincia una influencia prominente en los destinos de la nación argentina, y se reconoce que sus consejos fueron siempre en el sentido de la moderación y del orden, para suavizar los males sin cuento que producía la contienda. También se cree que contribuyó eficazmente á decidir al General Urquiza á sacudir el yugo de la dominación de Rosas.

« Son por demás conocidos estos acontecimientos: la República Oriental, Entre-Ríos,

1 *El Indiscreto*, núm. 64, correspondiente al día 20 de Agosto de 1885.

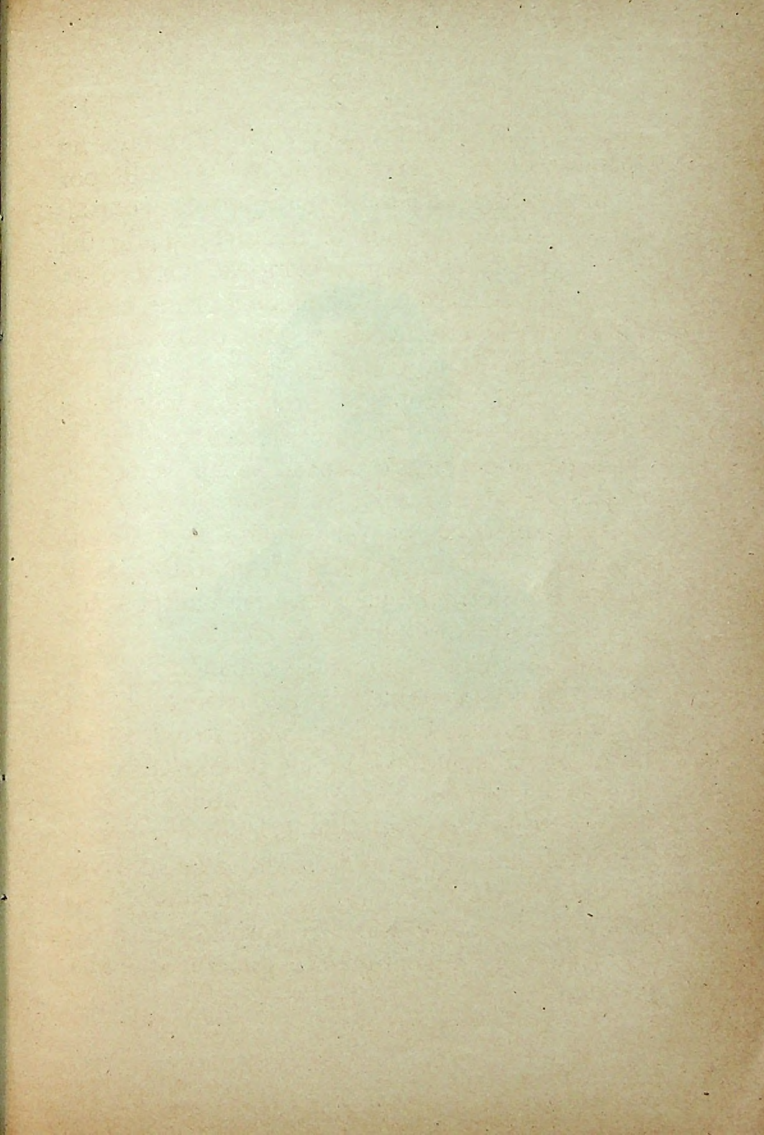
Corrientes y el Brasil celebraron una alianza, cuyo primordial objeto era derrocar al tirano de Buenos Aires. El Gobierno de la Defensa de Montevideo nombró á Garzón General en jefe del ejército, y mediante esta acertada resolución, la campaña del Estado Oriental fué un paseo triunfal, que concluyó con el pacto fraternal del 8 de Octubre de 1851.

« Los sucesos daban al General Garzón en aquellos momentos una misión sublime: reparar las ruinas de la guerra y consolidar la concordia entre todos los orientales. La opinión lo designaba con fe y entusiasmo, para ocupar la Presidencia de la República, pero la muerte lo llevó el 1.º de Diciembre de ese mismo año. Graves males se derivaron de este inesperado fallecimiento, porque privada entonces la patria del único hombre que por sus circunstancias extraordinarias podía servir de lazo de unión entre todos, se reabrió el abismo de la guerra civil, que duró veinte años más y que no ha cesado sino para dar lugar á otros males, que llenan de zozobra el presente y de incertidumbre el porvenir. »

En su larga vida militar, jamás se separó de la línea de conducta marcada por la inflexible ordenanza, de la que fué fiel observador;

militar pundonoroso, no habría admitido un ascenso en su carrera á no ser ganado por rigurosa antigüedad ó por méritos contraídos en acción de guerra. Estaba dotado del talento de la estrategia, como se justificó en la batalla de Ituzaingó, ganada porque el General en jefe, contra el torrente de la opinión del Estado Mayor, siguió los planes del bizarro militar oriental. En muchos combates su energía venció las dificultades y desventajas en que con frecuencia solían verse las tropas de su mando. Su reputación de militar organizador era tan grande, que le entregaban las huestes más desmoralizadas y él las transformaba en breve en cuerpos admirablemente disciplinados.

Además de ser cumplido caballero, de carácter franco y noble, de persuasiva palabra y cultas maneras, era bastante instruído; leal hasta en la confesión de sus propios errores, que él mismo reconocía, y tan honrado, que la muerte lo sorprendió en la mayor pobreza. De aquí que esta gran pérdida afectase vivamente á todos, y que los gobiernos de su patria y de Entre-Ríos se apresurasen á tomar parte en el sentimiento general que ella produjo.





TEODORO VILARDEBÓ

1805-1857.

Corta fué la vida del doctor don Teodoro Vilardebó, pero á pesar de su brevedad, no está exenta de actos meritorios que nos permiten colocarlo entre los filántropos de la República, además de ser por su vasta erudición, claro talento y sentimientos cívicos, un verdadero sabio y un austero ciudadano.

Este inteligente facultativo, hijo de una familia distinguida, cuyo jefe, aunque extranjero, había prestado muchos y buenos servicios á su patria adoptiva, siguió la carrera de medicina en la universidad de París, en la que dió pruebas de asiduidad y contracción en el estudio, así como demostró poseer dotes intelectuales nada comunes, que le conquistaron el respeto de sus condiscípulos y el aprecio de sus maestros, hasta el punto de que fuese elegido para trasladarse al norte de Europa con objeto de estudiar, en

compañía de otros higienistas y médicos, los caracteres del cólera morbo asiático, que á la sazón se había desarrollado en aquella parte del viejo mundo.

Vuelto á su país, adonde llegó antes que él la fama de su ilustración, se dedicó con fe inquebrantable y vocación decidida á su noble carrera, de la que hizo siempre un verdadero apostolado, como lo prueban sus actos de generosidad, su espíritu caritativo y sobre todo la causa de su temprana muerte.

Establecido en Montevideo, ensanchó sus conocimientos mediante estudios prolijos, á los que aplicó sus grandes facultades, pues su deseo vehemente de saber no se satisfacía sino pasando largas horas en su gabinete de lectura dedicado á profundizar los diversos problemas de la ciencia médica. Su talento y su modestia no le enajenaban simpatías, porque iban aparejadas de virtud y desinterés; de tal modo, que sus colegas frecuentaban su trato como atraídos por el respeto que infundía.

En sus relaciones con sus clientes, que en breve fueron numerosos, era afable sin mojigatería, cortés sin afeminamiento, sencillo

sin jactancia y correcto sin presunción. Amoldaba su conducta á la índole del enfermo, y lo mismo descendía á las puerilidades del niño que hacía valer su ascendiente sobre los adultos. Perspicaz y observador, le era fácil darse cuenta de la condición de sus enfermos, con quienes confraternizaba muy pronto. Esta norma de conducta le facilitaba, como es natural, el éxito de su noble y delicada misión y le granjeaba el cariño de todos.

Los humildes, los pobres, los menesterosos cifraban en él sus esperanzas cuando alguna enfermedad los postraba en el lecho, porque sabían que no llamarían en vano á las puertas del modesto sabio oriental, quien de la pronta, asidua y cuidadosa asistencia médica jamás hizo cuestión de cálculo, ni de lucro, sino acto de caridad; obligación impuesta más por sus sentimientos y su conciencia que cumplida como deber profesional.

« Muchas veces — dice De-María, — Vilardebó se encontró con infelices que yacían luchando con la muerte, sin otra ayuda para sostener esa lucha que el desamparo y la miseria espantosa. Entonces su nobilísimo

corazón comprendía que para el enfermo desvalido, el médico no era suficiente si el filántropo no lo acompañaba. Entonces desempeñaba caritativo ambas misiones. El facultativo recetaba y el filántropo dejaba su bolsa para que el enfermo tuviese la asistencia y los medicamentos necesarios. »

En cuanto á los ricos, los poderosos, apreciaban en mucho las opiniones del doctor Vilardebó, tenían gran respeto á su talento y no menos afecto á sus nobles procederess para dejar de consultarlo y servirse de él cuando la salud se quebranta, el dolor postra y la esperanza se pierde.

A todos atendía por igual, para todos estaba su ciencia dispuesta, sin que lo preocupase la jerarquía social ó los mayores ó menores bienes de fortuna del paciente: que ésta habría sido para el Hipócrates uruguayo cuestión ofensiva á su dignidad de hombre, de filántropo y de médico.

Todavía llevó Vilardebó más lejos su amor á la ciencia, tomando nuevos derroteros que lo habilitasen para escribir la historia política y civil de su país, su territorio geográficamente considerado y el origen de las primiti-

vas razas que la habitaron, á cuyo efecto volvi6se á Europa para adquirir los conocimientos que 6l creía necesarios á fin de ventilar con ciencia y aprovechamiento los diversos problemas que tienen relaci6n con la historia, la geografía y la etnología.

«El doctor Vilardebó (decía poco después de su fallecimiento el ilustrado doctor don Juan María Guti6rrez) habría sido estimado en cualquiera parte del mundo, por sus luces, por su noble carácter, por su constante devoci6n á las ciencias y al estudio; pero en esta parte de América, donde tan pocos de sus hijos se consagran por puro amor, por irresistible vocaci6n al cultivo de los conocimientos rec6nditos que tienen por base la observaci6n y el cálculo, era una especie de excepci6n y un objeto de orgullo para los hombres de su propio origen.»

En cuanto á los servicios prestados á la Rep6blica, fueron numerosos, ya en los puestos p6blicos que desempeñó como miembro de la Junta de Higiene y médico de Sanidad, bien escribiendo memorias sobre higiene p6blica y privada, promoviendo la reorganizaci6n de la biblioteca p6blica y fomentando la idea de fundar un museo de historia natural.

Vuelto de su segundo viaje al viejo mundo, no abandonó la medicina, pero repartió el tiempo de que disponía entre el ejercicio de ésta y el estudio de las nuevas ciencias á que se había dedicado, menos afanoso de gloria que aguijoneado por el deseo de hacer bien á su país. Su método de vida cambió algún tanto, sus horizontes fueron más vastos, sus miras más elevadas y la clase de investigaciones á que se dedicó más variada. Sus ocupaciones fueron el estudio de la historia patria y la naturaleza del territorio nacional.

A este género de trabajos se hallaba entregado cuando sobrevino la fiebre amarilla de 1857, que azotó horriblemente á la ciudad de Montevideo. Desde los primeros días del flagelo Vilardebó ocupó su puesto de filántropo y médico, concurriendo afanoso á atender á los que caían víctimas del mal reinante; pero su concurso no alcanzó á la conclusión de la epidemia, porque antes que ésta llegase á su fin, aquel carácter entero, aquel hombre decidido que tanto se sacrificó por los suyos, caía también fulminado por el rayo de la muerte, que lo arrebató del seno de sus semejantes con hondo pesar de todos.

Era el doctor don Teodoro Vilardebó alto de estatura, de semblante simpático, benévolo en sus modales y correcto en la frase, á pesar de los varios idiomas que poseía, y estaba cuando falleció, en toda la plenitud de su robustez y fuerza. Como hombre de ciencia, era el sabio más modesto; como hombre de corazón y de civismo, ocupó un alto rango entre sus conciudadanos. Alejado de la escena política, más por educación y por carácter que por exigencias profesionales, lamentó siempre los extravíos de los partidos y lloró sinceramente las desgracias de su tierra. Para él no hubo colores ni banderías: todos eran hermanos. En el silencio de su hogar, como en el seno de sus amigos, su espíritu y su corazón estaban siempre fijos en los dolores de la patria y de la humanidad.

« El doctor Vilardebó es la encarnación de
« la ciencia médica llevada hasta el sacrificio
« de la vida en el ejercicio de su augusto sacerdocio. » ¹

1. Discurso pronunciado por el doctor don Julio Herrera y Obes en el centenario de la fundación del Hospital de Caridad de Montevideo.



JACINTO VERA.

1813-1881.

Los rasgos biográficos de este ilustre prelado no pueden ser muy extensos, por no estar su vida plagada de esos accidentes propios de ciertos seres que por su carácter violento, sus ideas intransigentes y su espíritu autoritario, no suelen infundir el cariño y veneración que inspiró don Jacinto Vera aun á los que no profesaban su religión, á los escépticos y á los descreídos.

No comprendía su misión sin la templanza, censuraba la propaganda si no iba acompañada del ejemplo, lamentaba los extravíos de los suyos y respetaba los misteriosos arcanos de la conciencia, limitando siempre su acción á aquello que le competía como primer jefe de la iglesia oriental.

Era oriundo de una familia española y nació el 6 de Julio de 1813, estando sus padres en viaje para esta República.

Durante sus mocedades tomó parte activa en las luchas políticas por las que atravesaba el Uruguay hacia los años 1832, hasta que convencido de que la vida del soldado no se avenía á su carácter ni á sus ideas, la abandonó, dedicándose al sacerdocio, á cuyo estado se inclinaba más, por su modo de ser pacífico y su vocación decidida á los actos de caridad, mucho antes de que vistiese el traje talar.

Siendo cura párroco de la villa de Guadalupe, donde siempre lo recuerdan con entrañable afecto, obtuvo del Sumo Pontífice el honroso cargo de Vicario Apostólico del Uruguay y Obispo de Megara, asistiendo en tal carácter al Concilio Ecuménico celebrado en 1869, hasta que erigida en Obispado esta diócesis, ocupó Vera la silla episcopal en el año 1878.

A tanta altura sólo llegó por su propio mérito, por sus virtudes, por su conducta ejemplar, por sus ideas tolerantes, por su espíritu de justicia, por su prédica moderada y en razón de las generales simpatías de que gozaba entre todo el clero.

Merecedor era de tal distinción y de tanto

respeto, pues además de las envidiables prendas que ligeramente mencionamos, atesoraba otras no menos dignas. Nunca fué orgulloso, ni petulante, ni altivo, ni el elevado cargo que desempeñaba lo hinchó de vanidad.

Cierto es que no brilló por las armas, ni por las letras, ni por la ciencia, ni deslumbró por las dotes del genio, pero en cambio fué el padre de todos los desgraciados. Nunca hizo derramar lágrimas, pero enjugó muchas. Los pobres no llamaron en vano á sus puertas, pues sus bienes eran patrimonio de los menesterosos. Su bolsillo se vaciaba mensualmente en las manos de los necesitados y á ellos iba la mitad por lo menos de la dotación que á él le había señalado el Cuerpo Legislativo.

Su caridad era tan proverbial, que varios curas de la diócesis pusieron en sus manos algunos beneficios obtenidos en el desempeño de sus cargos, y al ir á pedírselos, transcurrido cierto tiempo, don Jacinto les contestó: «Me dijisteis que eran vuestros ahorros, y para seguridad de mejor fruto para vosotros, los he depositado en manos de los pobres de vuestras parroquias. Jesucristo, que en su

evangelio se llama el representante de los pobres, os devolverá vuestros beneficios con el ciento por uno que tiene prometido.»

A lo dicho agregaremos otras peculiaridades menos importantes, pero que sirven, sin embargo, para darnos idea de su carácter: era frugal en su alimentación, humilde en todos sus actos, sonriente en sus conversaciones, sencillo en el vestir y morigerado en sus costumbres.

En las epidemias que se desarrollaron en la República acudió solícito á prestar su concurso pecuniario y personal, visitando con estoico valor á los enfermos, cualquiera que fuese su condición social, pues para Vera todos los hombres eran iguales, y todos los que sufrían acreedores á que él les dispensara igual suma de protección.

En las grandes calamidades de la guerra civil, que tantas veces ha enlutado la familia oriental, era soldado valeroso que con ánimo decidido trabajaba por la paz, interponiendo su influencia ante los jefes de los bandos en lucha, viéndolos personalmente, proyectando pactos que diesen por resultado la deposición de las armas y el cese del derramamiento de

sangre. Apóstol de la buena causa, procuraba que unos y otros trocasen el rayo de la guerra por la humilde rama de olivo, emblema de la confraternidad.

Posesionado de su delicada misión sacerdotal, hacía frecuentes excursiones al interior y sobre todo á las regiones más apartadas de la frontera, obteniendo resultados sumamente lisonjeros para la religión y para la nacionalidad, mediante el aumento de los bautismos que llenaron tantas páginas de los libros parroquiales y tan crecido número de ciudadanos arrebataron al predominio brasileño. La moral social, por su parte, también salía bien librada de las *misiones* del ilustre prelado, quien tomaba á gran empeño legitimar el vínculo sagrado del matrimonio, que consideraba con sobrada razón como requisito indispensable para la estabilidad del hogar y piedra angular de la familia.

«Las gentes del campo—decía un periódico de la época,—criadas sin culpa propia en el fragor de los campamentos, perdidos en ellos los años aptos para la instrucción moral y el hábito del trabajo, endurecido el ánimo con el espectáculo diario de la venganza

cruel y del derramamiento de sangre, se sentían conmovidas por la unción de su palabra en esas misiones constantes, una de las cuales aceleró el fin de su existencia, » pues se hallaba en Pan de Azúcar cumpliendo con su sagrado ministerio, cuando lo sorprendió la muerte el día 6 de Mayo de 1881.

Con el fallecimiento de don Jacinto Vera la iglesia perdió á su digno jefe, los desgraciados á su incansable protector y la sociedad á uno de sus miembros más notables.

Veneremos su memoria imitando sus virtudes.





ADOLFO BERRO.

1819-1841.

Adolfo Berro nació en Montevideo el día 11 de Agosto de 1819, en el seno de una familia muy considerada, no sólo por los servicios que su jefe rindió al país, y por las distinciones que ellos le merecieron, sino principalmente por una práctica constante de todas las virtudes.

Sus padres se preocuparon solícitamente del porvenir del futuro poeta, favoreciendo su desarrollo intelectual en tiempo oportuno, encaminándolo hacia la perfección moral y cumpliendo los elevados fines que es preciso realizar en el hogar doméstico, y que tanto influyen en la formación de los caracteres infantiles. Saturada la atmósfera que desde la cuna rodeó á Berro de efluvios tan bienhechores, no es de extrañar que con el transcurso de los años adquiriese exactitud en el raciocinio, bondad en los sentimientos y una

modestia tan grande que no le pudieron arrancar los justos elogios que se tributaron á su talento.

Encaminado, pues, con ejemplos domésticos tan edificantes y con los cuales se armonizaba su temperamento, los Maestros poco tuvieron que hacer en cuanto al desarrollo del sentimiento y formación de hábitos y carácter, limitándose á desenvolver sus facultades mentales. Si siempre hubiese unidad de miras entre el Preceptor y la familia; si ésta fuese siempre el auxiliar de aquél; si el apostolado del magisterio se aquilatara con el estímulo de la educación doméstica y ésta marchase de consuno con la que el educando recibe en la escuela, ¡cuántos males se evitarían, cuán agradable y provechosa sería entonces la infatigable y noble tarea del Profesor!

Adolfo Berro dió comienzo á los estudios mayores en 1836, aprendiendo Derecho Civil bajo la dirección del doctor don Pedro Somellera, en cuyas aulas dió á conocer lo muy poderosas que eran sus facultades de observación y percepción.

Su catedrático lo conceptuaba el primero de la clase por los métodos de estudio de que se valía, el afán de saber que desplegaba y el

criterio nada común que manifestó siempre. Estos conocimientos teóricos fueron ampliados por la práctica que hizo en el bufete del doctor don Florencio Varela, hábil abogado y literato de vasta erudición y exquisito gusto, que ligado á la familia de Berro por vínculos estrechos, se complacía en cultivar aquella inteligencia privilegiada.

Como todos los hombres de talento, aunque con escasa experiencia dada su corta edad, tenía mirada de águila; quiere decir, que de una ojeada dábase cuenta de los sucesos y de los hombres con una rapidez, precisión y exactitud que todos admiraban. Veía el móvil de las acciones humanas de una sola vez, y con la penetración que le era peculiar descubría las amarguras, las tristezas, el dolor y las lágrimas, aunque todo ello estuviese envuelto en risas, cantos y flores.

Su criterio moral corría parejas con su inteligencia, y sus sentimientos iban paralelos á su modo de pensar: en Berro la cabeza y el corazón estaban siempre de acuerdo, al revés de otras notabilidades humanas que suelen ahogar el sentimiento en oleadas de egoísmo, ó lo sacrifican en aras del frío cálculo. La noción del deber era clara, correcta é indis-

cutible en nuestro poeta, sin que nadie de los que lo conocían intentase desviarlo de ese camino.

Un tinte melancólico inundaba de continuo su pálido rostro; tinte hijo de la tristeza que produce la contemplación de esas hondas miserias sociales que suelen preocupar á filósofos y pensadores.

Nombrado (1839) por el Superior Tribunal de Justicia asesor del defensor de esclavos, aceptó y desempeñó cargo tan poco apetecible, á fin de atenacear la infame tiranía de que venía siendo víctima la raza de color, que halló en Adolfo Berro su más decidido campeón. Deseoso de que los pobres negros dejaran de ser tratados como bestias, se consagró á promover la aplicación del remedio á tan grave dolencia social, escribiendo un proyecto cuyas tendencias eran obtener la emancipación de aquellos desgraciados, así como su mejora intelectual ¹.

1. Con fecha 7 de Septiembre de 1825, la Sala de Representantes sancionó en la Florida con valor y fuerza de ley, que eran libres, sin excepción de origen, todos los que nacieren en la República desde aquella fecha en adelante, quedando prohibido el tráfico de esclavos del extranjero. Berro, por lo tanto, abogaba por los que eran esclavos á la promulgación de esta Ley y continuaron siéndolo hasta 1842, en que la Asamblea Nacional declaró que no había más esclavos en todo el territorio nacional. ¿No se derivaría este decreto de la propaganda culta é infatigable del defensor de la raza africana?

La índole de su temperamento y carácter lo tuvo apartado de la política palpitante y de las luchas civiles, pues opinaba que había otras esferas de acción y de saber desde las cuales se podían prestar muchos y buenos servicios al país.

Preocupólo también el problema de la educación popular; cuestión ésta que se armonizaba con su conciencia y sus sentimientos, de modo que fué combatiente decidido contra dos esclavitudes á cual más ignominiosas, la esclavitud del hombre y la esclavitud de la ignorancia.

Había escrito algunos versos que ocultaba sigilosamente por su natural modestia, pero una casualidad burló todas sus precauciones, y sorprendido su secreto por una hermana, pronto se dieron á todos los vientos de la publicidad. Decidida, pues, su vocación por este género literario, compuso otras poesías del corte de las primeras, es decir, eligiendo temas que estuviesen en armonía con su modo de ser y de pensar. De aquí que los versos de Berro sean unos tiernos y sentimentales, impregnados otros de profunda amargura, pero todos ellos exentos de ese estilo

quejumbroso peculiar de ciertos poetas románticos que todo lo convierten en lágrimas y suspiros.

Dentro de su lírica cultivó también el género descriptivo y el histórico-narrativo, aunque ésta no fué la cuerda que hizo vibrar más, sino aquella en que lloró las injusticias sociales.

Leyendo las poesías de nuestro vate se recuerda á Becquer y á Heine, si bien no fué voluntarioso como el primero ni escéptico como el segundo; pero en cambio tenía de Becker la íntima emoción personal y de Heine toda su amargura.

Del conjunto de los trabajos literarios de Adolfo Berro se desprende algo especial y determinado que, sin formar escuela, deja vislumbrar una poesía moderna característica diferente de la que existía en la República en épocas anteriores á la en que floreció nuestro inolvidable poeta. En resumen, el autor de *La Expósita*, *El Mendigo*, *El ruego de una madre* y otras varias composiciones, cantó como si las sintiera, las desgracias de la humanidad y de la patria.

Una muerte demasiado prematura impidió

que se agrandase la llama del genio que ardía en su mente, pues falleció en la noche del 28 al 29 de Septiembre de 1841, cuando apenas contaba 22 años de edad.

El duelo general que produjo la pérdida del poeta-ciudadano, del joven virtuoso y aplicado, tuvo eco en las lirás de los vates de ambas orillas del Plata, encuchándose entonces por primera vez la voz de Juan Carlos Gómez, que recitó unas sentidas estancias en el momento en que se depositaban en el sepulcro los restos mortales del poeta oriental.

La juventud dedicó á su memoria un sencillo panteón, que puede verse en el primer patio del Cementerio Central, panteón tan modesto en su forma como en su epitafio, que dice así:

Á LA MEMORIA
DE

ADOLFO BERRO.

LA JUVENTUD DE SU PATRIA.

AÑO 1841

R. I. P.



EDUARDO ACEVEDO.

1823-1863.

La diversidad de aptitudes del doctor don Eduardo Acevedo nos permite presentarlo como político, legislador, periodista, escritor y abogado, pues á todas estas ramas aplicó sus facultades, armónicamente desarrolladas; su erudición, que era notoria, su talento, de todos admirado, y aquellâ profundidad de miras que tan respetado lo hizo de los hombres más eminentes del Río de la Plata. Pero en ninguna rayó á tan inconmensurable altura como en la de jurisconsulto, pues fué nuestro primer codificador, escribiendo el proyecto de Código Civil redactado durante el *sitio grande*. En este trabajo importante, dice uno de sus biógrafos, creaba ya, hace veinte años, el matrimonio civil y los registros hoy en vigencia, adelantándose de más de cinco lustros á nuestra actual legislación.

A tan notables cualidades de saber y com-

petencia reunía el doctor Acevedo otras galas no menos envidiables, como las de modesto, laborioso, honrado, culto y liberal. De aquí que su fama cundiese, que su reputación se acrecentase y que las simpatías hacia su personalidad fueran generales en ambas orillas del Plata.

Pocos datos poseemos acerca de los primeros años de su juventud, aunque podemos decir que fué fundador de una escuela de adultos para la raza de color, regenteándola durante mucho tiempo ayudado de algunos amigos tan bien dispuestos como él; acto de abnegación cuya fundamental tendencia era combatir (de una manera tan delicada en la forma como provechosa en sus efectos) la preocupación imperante contra los humildes negros, para quienes empezaba á brillar á la sazón el sol de la libertad.

El solo ejercicio de la abogacía no llenaba la honrosa aspiración que le dominaba de trabajar por los intereses de la patria que tanto amó; de modo que, elegido en 1852 diputado por el Departamento de Montevideo, terció en todas las cuestiones que se debatieron en el sagrado recinto de las le-

yes, en donde su palabra elocuente, la lógica de su argumentación y el móvil que lo impulsaba, creáronle una brillante aureola de respeto y consideración, no de parte de las masas populares, que muchas veces suelen obrar inconscientemente, sino en los círculos sociales, políticos, literarios y científicos más cultos de Montevideo.

No hay para qué decir cuánto influyó su talento en la sanción de numerosas leyes benéficas y liberales, pues para él la idea, el principio estaba muy por encima del partidario, y primero rendía culto ante el altar de la patria que se dejaba arrastrar por efímeros intereses de círculo ó bandería.

Como periodista hizo sus primeras armas en *La Constitución*, diario en que campeaba un lenguaje tan moderado y convincente, que por todos era leído con agrado: como cumple á todo escritor que aprecie su buen nombre y quiera sembrar con provecho en el campo fecundo de la propaganda.

Los sucesos que se desarrollaron en la República allá por el año de 1853, le obligaron á fijar su residencia en Buenos Aires, dedicándose al ejercicio de la abogacía, que

agrandó su reputación hasta el punto de encomendarle el Gobierno la redacción del actual Código de Comercio argentino. Fué también, durante mucho tiempo, Presidente de la Academia de Jurisprudencia de aquella ciudad, y ocupó otros varios destinos no menos importantes. Casi la mayoría de los abogados que figuran en la vecina orilla han sido discípulos del doctor Acevedo.

Pero como no echaba en olvido su tierra natal, ni dejaba de sentir la vaga melancolía de la nostalgia, volvió al seno de los suyos algunos años después, dando cima al proyecto de Código Civil.

Elegido el señor don Bernardo Berro Presidente de la República, lo acompañó algún tiempo, desempeñando la cartera de Relaciones Exteriores con la altura, esmero y honestidad que le eran proverbiales, pasando más tarde, en virtud de elección, á la Presidencia del Honorable Senado.

Por desgracia, no pudo continuar prestando al país el contingente de su preclara inteligencia, porque contrajo una enfermedad física que lo decidió á expatriarse de nuevo buscando en otros climas recuperar la salud

perdida en el suyo. Pero la dolencia que lo aquejaba avanzó á pasos tan agigantados, que concluyó con su vida estando en viaje, el 21 de Agosto de 1863. Sus restos mortales fueron enterrados en el Paraná, para ser más tarde conducidos á Montevideo.

A pesar de fallecer en tierra extraña, no faltaron sobre su tumba coronas de flores ni á su memoria frases de justicia, pues la prensa del Paraná decía con motivo de este triste acontecimiento: « Los hombres ilustres no tienen patria: la patria de la gloria es el universo: por eso nuestra sociedad ha ido á inclinarse ante la tumba del doctor Acevedo con dolor y con respeto. »

Una vez conocida pérdida tan irreparable, todas las sociedades é instituciones á que había pertenecido el primer codificador oriental, se asociaron al inmenso dolor de su respetable familia: unas haciendo acto de presencia y otras dirigiéndole sentidas notas de pésame, pero todas llevando á cabo las más honrosas manifestaciones de justicia hacia los despojos de aquel colosal talento, que dejaba huérfana de su genio á la patria, la sociedad y la familia.



JOSÉ PEDRO VARELA.

1845-1879.

José Pedro Varela nació en Montevideo el 19 de Marzo de 1845, siendo sus padres don Jacobo D. Varela, hermano del ilustre don Florencio, y doña Benita Berro, hermana de don Bernardo, que llegó á ser Presidente de la República.

Sus primeros estudios los hizo con los Padres Escolapios, de cuyo colegio se retiró á los quince años para seguir la carrera del comercio, cediendo á las exigencias de sus padres, pues él habría preferido emprender una profesión de carácter literario; pero ya que esto no podía ser, compartía su tiempo entre las tareas comerciales y la adquisición de idiomas, cuyo conocimiento le fué de tantísimo provecho para leer en sus fuentes originarias infinidad de obras francesas, inglesas y alemanas.

Estos estudios y lecturas lo condujeron

muy pronto á la arena del periodismo, donde hizo sus primeras armas escribiendo crónicas literarias, revistas, artículos, y finalmente composiciones poéticas, coleccionando más tarde estas últimas en un pequeño volumen.

En 1867 hizo un viaje á Europa y los Estados Unidos, de donde volvió lleno de entusiasmo por el pueblo americano, y resuelto á trabajar en provecho de la educación popular, planteando en la República los sistemas y métodos que había visto establecidos en la tierra de Lincoln, Franklin y Horacio Mann.

Las ideas de Varela tuvieron buena acogida de parte de sus amigos, quedando inmediatamente instalada la *Sociedad de Amigos de la Educación Popular*, á cuya fundación cooperaron Elbio Fernández y Carlos María Ramírez, si bien el alma de la citada asociación fué siempre su iniciador, no sólo por sus conocimientos especiales en la enseñanza, sino por aquella perseverancia inquebrantable que tanto lo distinguía en todas las empresas que fuesen de su agrado.

Tratando de dar á conocer sus ideas acerca de los numerosos y diversos problemas

relacionados con la educación, publicó una obra completa, que bien puede hacer las veces de tratado teórico-práctico de Pedagogía y ser al mismo tiempo el libro de propaganda más importante que se haya publicado en la América Latina.

Simultáneamente Varela era político y periodista, fundando *La Paz*, diario el más avanzado en ideas de todos cuantos á la sazón se publicaban en la República. Basta echar una ojeada á los artículos originales ó traducidos que insertó en sus columnas, para justipreciar el talento de su redactor en jefe y saber cómo pensaba en política, religión, economía, sociología, etc., etc.

A consecuencia de su propaganda viril y perseverante contra el gobierno de aquella época (1869), la publicación fué suspendida y Varela desterrado á Buenos Aires, de donde volvió al año para continuar su misión de periodista, ennoblecida con el propósito de trabajar con ardor por la terminación de la guerra civil, en que por entonces estaba empeñada la República.

Finalizada ésta, su propaganda se limitó á combatir los partidos tradicionales, abogando

por la formación de una nueva fracción política simbolizada por un cuerpo de doctrinas y no circunscrita á la defensa de personas sino á la propagación de principios. Las tendencias de Varela, sin embargo, no hicieron camino. *La Paz* cesó por falta de concurso y el propagandista de las ideas de fraternidad vióse obligado á entregarse á las vulgares tareas de corredor y procurador para sostenerse con la dignidad social á que estaba habituado desde la cuna.

Durante el *año terrible* (1875) se mantuvo en absoluta reclusión y aprovechó aquellas circunstancias para escribir su ruidoso libro titulado *De la legislación escolar*, en el cual se exponen las causas genuinas de las crisis que actúan en el Uruguay, la económica, la política y la financiera.

«La primera—decía,—se deriva de que se gasta mucho y se produce poco en la vida privada, por falta de inteligencia y de hábitos de trabajo; la segunda se origina en que las instituciones escritas no se adaptan al estado de sociabilidad, pues mientras las poblaciones rurales no conciben otra cosa que el absolutismo del caudillo, las poblaciones urbanas

dirigidas por el gremio de doctores, marchan por sendas extraviadas, debido á que la enseñanza de la Universidad inculca teorías ideales, que sólo sirven para divorciar las clases del pueblo y para dar á la acción preponderante de los caudillos la forma culta de las aulas; y la tercera crisis, la financiera, procede de que el Estado no gradúa sus consumos por el monto de las rentas. El autor vislumbra en el porvenir graves peligros si no se hacen esfuerzos por modificar el estado presente. El mal tiene remedios complejos, uno de los cuales sería la instrucción del pueblo.»

No cabe duda que la publicación de esta obra, que contiene muchas verdades tan evidentes como amargas, lo llevaron en 1876 á la Dirección General de Instrucción Pública, en donde realizó multitud de trabajos educacionistas nuevos hasta entonces entre nosotros, y escribió infinidad de monografías sobre asuntos relativos al ramo que se le había confiado: todo lo cual le valió el primer puesto entre los autores pedagógicos del Río de la Plata.

La legislación propuesta por Varela modi-

ficó profundamente los caracteres de la escuela primaria é introdujo en la administración escolar, en su más vasta acepción, un mundo de ideas modernas que, precisamente por su novedad, levantaron grandes resistencias, no sólo entre el pueblo, cuyas costumbres vino á alterar, sino de parte de las autoridades municipales, quienes manejaban las escuelas públicas según su leal saber y entender, pero desprovistas de toda ciencia para dirigir á los Maestros y encauzar la instrucción primaria.

Pero los vastos planes pedagógicos del infortunado Varela no pudieron realizarse en su totalidad, ya porque luchó con la falta de recursos, bien á causa de la oposición que al planteamiento de todas y cada una de sus ideas hacía una prensa implacable y mal aconsejada, ya porque la muerte cortó el hilo de su vida cuando más necesaria era su presencia.

Varela fué el propagador en esta región americana de todos los procedimientos nuevos para educar á la infancia; el primer legislador escolar que ha poseído la República; el que con su pluma promovía tempestades en el

seno de la sociedad; el que con sus ideas arrancaba furiosas prótestas á los enemigos de la libertad de conciencia; el que fustigó con verdades inmensas á aquellos que quisieron domeñar la razón, avasallar el pensamiento y doblegar la voluntad para manejar el pueblo según su capricho autoritario ó sus bastardas pasiones. Espíritu infatigable, trabajador constante, alma templada al calor del más puro patriotismo, inteligencia de grandes vuelos, comprendió que sólo por la instrucción se redimiría el país de todos sus males y trabajó en su obra, en la que cifraba grandes esperanzas; y trabajó como él sabía hacerlo, con actividad asombrosa, con celo infatigable y con talento indiscutible.

Tenía amigos que lo secundaban, pero todo pasaba por sus manos. Estaba en todo, en el conjunto y en el detalle; era oficinista y legislador; concebía un gran pensamiento y era á la vez copista en sus oficinas cuando la tarea agobiaba á sus empleados. Pero esto no era suficiente, según él, y trasladando su bufete á su propio domicilio, trabajaba noche y día; dormía poco y vivía mucho, sometiendo su imaginación clara y despejada como cielo sin nubes, á las más duras pruebas.

Esta gimnasia del espíritu duró lo que la organización física de Varela; pero antes de sucumbir había derribado el vetusto edificio escolar, levantando otro completamente nuevo.

La reforma fué más que la planteación de una ley: fué el cambio radical de un sistema añejo por otro racional y moderno; fué la sustitución de un método por otro; era la naturaleza que reemplazaba á la mecánica. Mudó el sistema, mudó los métodos, reformó los textos, abarató la enseñanza, duplicó el número de las escuelas públicas, enaltecíó la noble figura del Maestro, y la transformación fué instantánea, profunda y racional. De lo antiguo, lo adocenado, lo trivial no quedó ni un átomo. Parecía que un recio vendaval hubiese limpiado el campo de la educación de todas las impurezas que lo afeaban.

A José Pedro Varela, el amigo cariñoso de los niños, debe la República del Uruguay todos sus triunfos escolares que la colocan en el ramo de instrucción pública al frente de las demás naciones sud-americanas, y que le permitirán, en plazo no lejano, igualarse á Suecia, Alemania, Estados Unidos, Inglaterra y Suiza.

« José Pedro Varela—dice el doctor don Manuel Herrero y Espinosa, que es su más entusiasta biógrafo,— contrajo en el ejercicio de su ministerio una terrible enfermedad que le tuvo postrado varios meses en cama, hasta que concluyó con su vida el día 24 de Octubre de 1879, muriendo á la temprana edad de treinta y cuatro años, cuando era uno de los ciudadanos más útiles para el país, uno de los caracteres más honrados de su generación y una de las esperanzas más sólidas para el porvenir.

« Al caer la tarde, rodeado de su esposa, de sus hermanos y de dos ó tres de sus amigos más íntimos, se sentó en la cama, estrechó la mano de la compañera que debía abandonar, clavó la mirada en el porvenir y cayó luego sobre la almohada para dormir el sueño de la muerte, que, para él, era también el de la inmortalidad!

« El estrépito de su muerte repercutió íntimamente en el alma de la República; de todas partes se escucharon ayes y lamentos, y el genio de las grandes decepciones colgó un crespón de luto en la puerta de cada hogar oriental! »



TEÓFILO DANIEL GIL.

1859-1886.

Esta colección de notabilidades uruguayas sería incompleta si dejásemos de hacer figurar en ella á alguno de los héroes de la juventud oriental contemporánea. Muchas personalidades han salido de su seno, las unas célebres entre nosotros por su precoz talento, las otras por su entereza de carácter, éstas por su sed de saber y todas por el más acrisolado patriotismo. De entre esa juventud que se fué demasiado pronto, enlutando hogares y privando á la sociedad del concurso poderoso de su ilustración y de su civismo, elegimos el último que cayó á impulsos del huracán político que en época no lejana, hasta hizo estremecer la nacionalidad oriental.

Teófilo Daniel Gil nació en la histórica ciudad de la Colonia el 22 de Julio de 1859, haciendo sus primeros estudios en los mejores establecimientos de enseñanza de Montevideo,

á cuyos profesores demostró muy en breve poseer cualidades que no suelen revelarse sino cuando se llega á las fronteras de la adolescencia. Estas cualidades eran: energía, caballería, inteligencia y viril entusiasmo por todo lo que era grande, bello, justo, noble y generoso.

Siguiendo después su carrera en la Universidad, se apasionó por las cuestiones más complicadas de filosofía y religión, investigándolas por medio de la lectura de los libros sagrados y asistiendo á las conferencias de la escuela dominical.

Apenas contaba quince años de edad cuando empezó á escribir *La Voz de la Juventud*, periódico semanal estudiantil en que hacía sus primeros ensayos y preparaba sus fuerzas el que muy en breve iba á hombrearse con los publicistas de más talla de la prensa diaria.

No había obtenido todavía su título de abogado, cuando se puso al frente del estudio que uno de sus hermanos tenía en la pintoresca y culta ciudad de Mercedes; circunstancia que demuestra los vastos conocimientos de Teófilo D. Gil en la carrera que había emprendido, pues á no ser así no se le habría confiado su

dirección, sobre todo si tenemos en cuenta el carácter austero de toda su familia. De los trabajos que á la sazón llevó á cabo, los hay dignos de llamar la atención por el talento y virilidad de que era pródigo cuando tenía que defender á tantos desheredados de la fortuna, que sin crímenes ni delitos, ni aun faltas que purgar, suelen ser arbitrariamente destinados á engrosar las filas de los batallones de línea.

Aparte de estas ingratas tareas, acarreó espontáneamente con otras no menos honrosas, contribuyendo á la formación de asociaciones instructivas, filantrópicas, moralizadoras y de recreo, que le dieron justa reputación y elevaron en grado superlativo la cultura de la capital del Departamento de Soriano, donde pueden verse todavía en pie y florecientes, algunas de las instituciones á cuyo auge y prosperidad dedicó Teófilo Gil sus afanes y conocimientos.

Vuelto á Montevideo para terminar sus estudios, compartió su actividad con su deber fundando *El Espíritu Nuevo*, periódico que so capa de difundir las ciencias y fomentar el gusto hacia las bellas letras, fustigó con suma habilidad las arbitrariedades que cometía el gobierno de aquella época. Estos me-

dios indirectos de que echaba mano el joven escritor, á fin de mantener vivo el fuego sagrado del patriotismo y la dignidad cívica de sus compatriotas, en momentos de prueba para el pueblo oriental, revelan su apego á las instituciones y su amor á la libertad.

No eran del dominio de la generalidad los pormenores que á vuela pluma venimos relacionando, pues sólo el círculo de los amigos y compañeros del doctor don Teófilo Gil, conocía el alcance de sus tendencias, la santidad de sus propósitos y la firmeza de su carácter. De modo que fué una revelación para el pueblo su enérgica actitud y excelso talento desplegados desde las columnas de *La Razón*, cuando vino á reemplazar en ellas al doctor don Carlos María Ramírez.

Bien pronto se hizo popular, pues á través de sus escritos se veía que el pensamiento dominante del autor « era el de levantar más y más el espíritu público, preparándolo así para una reacción activa y vigorosa contra el régimen imperante. »

Convencido el doctor Gil de que la revolución era el único medio eficaz para salvar la República, persuadido de que no era tran-

sigiendo con el error que el país debía salvarse, se ocupó siempre de aquélla con todo el entusiasmo de que era capaz, hasta que llegado el momento de dirimir con las armas la suerte de la nacionalidad, cual Byron, arrojó la pluma y esgrimió la espada, poniendo de este modo al servicio de la causa del pueblo el contingente de su sangre, como antes había puesto el de su talento.

Y no fué á la revolución en busca de popularidad, que su modestia rechazaba, ni impulsado por odio de partidario, ni para satisfacer ambición de ningún género: concurrió á ella porque lo conceptuaba un deber, y en holocausto al cumplimiento de éste sucumbió como un valiente el día 31 de Marzo de 1886 en los campos del Quebracho.

Gil era sumamente respetado de todos sus compañeros, pues aunque retirado y de carácter más bien concentrado que comunicativo, se hacía sin embargo querer cuando con frase persuasiva y leal exponía sus ideas. Además, la doblez no tuvo nunca cabida en su pecho, que sólo estaba ocupado por sentimientos generosos hacia la humanidad y hacia la patria.

El cariño por ésta habría rayado en frenesí á ser su temperamento violento, pues Gil posponía todo en aras del honor nacional, del buen nombre de la República y del crédito de sus instituciones. Como los principios que sustentaba fueron en él inmutables, como se manifestó consecuente con sus prédicas y lo rodeaba una superioridad moral que era el rasgo más saliente de su inflexible carácter, es lógico que inspirase simpatías á sus ciudadanos.

Considerando al doctor Gil desde el punto de vista de su erudición, dicen los que lo trataron con intimidad que superaba á Berro, Lacandreira, Vidal y Vázquez, que como él también, pertenecieron á la escuela catoniana. «El doctor don Teófilo Gil, que bajo más benigno clima político habría desarrollado hermosas dotes de pensador, de crítico, de historiador y de literato; que tenía de la naturaleza el talento, y de la educación y las aspiraciones la perseverancia en el estudio, será un perpetuo modelo para la juventud en el trabajo intelectual que civiliza; será un sagrado objeto de culto para la religión del patriotismo que dignifica á los pueblos.»

ÍNDICE

Prólogo.....	Pág. 5
Advertencia.....	> 9
Obras consultadas.....	> 13
José Gervasio Artigas.....	> 19
Manuel Pérez Castellanos.....	> 33
Francisco Antonio Maciel.....	> 43
Dámaso Antonio Larrañaga.....	> 55
Joaquín Suárez.....	> 65
Juan Antonio Lavalleja.....	> 75
Fructuoso Rivera.....	> 85
Santiago Vázquez.....	> 99
Francisco Acuña de Figueroa.....	> 109
Luis Eduardo Pérez.....	> 117
Alejandro Chucarro.....	> 125
Lucas José Obes.....	> 133
Eugenio Garzón.....	> 147
Teodoro Vilardebó.....	> 155
Jacinto Vera.....	> 165
Adolfo Berro.....	> 173
Eduardo Acevedo.....	> 183
José Pedro Varela.....	> 191
Teófilo Daniel Gil.....	> 203